

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

HORAS DE TERROR

Curtis Garland



SS

SERVICIO
SECRETO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.434. — Ventana a la noche

En Colección PUNTO ROJO:

834. — Los terroristas.

En Colección LA HUELLA:

134. — Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

HORAS DE TERROR

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.455

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 15.404 - 1978
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio, 1978

© **Curtis Garland** - 1978
texto

© **Jorge Sampere** - 1978
cubierta

Concedidos derechos
exclusivos a favor de

EDITORIAL

BRUGUERA. S. A

Mora la Nueva. 2.
Barcelona (España)

Todos los personales y
entidades privadas que
aparecen en esta novela,
así como las situaciones
de la misma, son fruto
exclusivamente de la
Imaginación del autor,
por lo que cualquier
semejanza con
personajes, entidades o
hechos pasados o
actuales, será simple
coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera**,

S. A.

Paréts del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1978

CAPITULO PRIMERO

Abrió los ojos.

Miró en derredor. No entendió nada.

No le resultaba conocida aquella moqueta. Ni los muebles. Ni tan siquiera las lámparas encendidas. Lo único familiar era la melodía, que llenaba de suaves notas la habitación.

Una vieja melodía que le era familiar. Logró identificarla, pese a que su mente era un mar de confusiones, un torbellino de nieblas y de oscuridades.

September in the rain. Notas de piano. Música melancólica, como un día de setiembre bajo la lluvia. Después de todo, eso era la canción.

El disco giraba y giraba allá, en un plato de un tocadiscos automático. Debía estar funcionando desde hacía mucho tiempo. Recordó que la había oído antes, mucho antes. Quizá cuando aún estaba consciente. ¿Cuánto llevaría allí tendida, en la moqueta, con aquel horrible dolor de cabeza, aquella pesadez intolerable en sus sienes?

Se incorporó a medias. Se miró, asombrada. Contempló su cuerpo, tendido en la moqueta roja, de vivo tono escarlata. Contrastaba notablemente con el tono intenso del suelo. Porque estaba desnuda.

Total, absolutamente desnuda.

Sus ojos azules, muy abiertos, recorrieron con asombro sus propias formas, impúdicamente exhibidas en aquella habitación que, de momento, le había sido totalmente desconocida, y ahora comenzaba a recordar vagamente, entre las brumas de su cerebro.

Desde sus largas piernas esbeltas, subieron las sorprendidas pupilas hacia los firmes, tersos muslos, se deslizaron sobre sus ingles, para proseguir por encima de la comba suave de su vientre, el hoyuelo pícaro de su ombligo, y terminar, con expresión aturdida, en las prominencias, vibrantes y espléndidas de sus pechos, rematados por los botones oscuros de sus pezones erectos.

¿Cómo era posible...? Trató de hilvanar sus recuerdos, con muy escaso éxito. Luego, logró ponerse de rodillas las manos apoyadas en la moqueta roja. Se cubrió con cierto pudor, usando un brazo, pese a que parecía estar totalmente sola en aquella estancia, cuyas particularidades iban siéndole ya familiares.

La mirada se deslizó por los muebles, cortinas y cuadros. En el tocadiscos seguía sonando el piano con las notas tristes y dulzonas de *Setiembre bajo la lluvia*.

Y de repente, le vio a él. Al hombre,

Lanzó una sorda exclamación. Estaba ya en pie, sobre sus pies descalzos. Se tambaleó. Sintió repentinas náuseas. Se cubrió la boca con la mano para no gritar, sin importarle ya dejar al descubierto su torso desnudo.

El hombre gordo y fofo estaba allí. Le recordaba muy bien, ahora. Con su mueca ávida, su sonrisa torcida, sus manos viscosas, sudadas, y su modo de desnudar con la mirada, mientras temblaba de deseos lascivos.

Y ahora, no había nada de eso en su gesto, en sus ojos. Sólo horror. Horror e inmovilidad. Una crispación angustiada, unos ojos dilatados, vidriosos, que no miraban a ninguna parte.

Estaba muerto.

Muerto. Asesinado.

Porque el tajo en el cuello no podía ser accidental. Le llegaba de oreja a oreja. Le habían degollado como a un cerdo. Realmente, parecía un cerdo. Había sangrado mucho. La sangre estaba seca, oscureciendo una zona de la moqueta roja, con un tono rojo más desagradable. El cuerpo aparecía también desnudo, como el de ella. Obsceno, ridículamente desnudo.

—No, Dios mío... —susurró—. No es posible...

Casi tropezó, al mover los pies, con el cuchillo largo, afilado, sucio de sangre seca hasta la punta. Un cuchillo de cocina, de empuñadura de tono nacarado.

Lo miró con ojos dilatados. Retrocedió, insegura. Se apoyó en un mueble. Miró angustiosamente, alrededor. La música de piano, repitiéndose monocorde en el tocadiscos, empezaba a resultar incongruente y molesta.

Detuvo el aparato. La aguja se deslizó sobre el disco, y se alzó luego. El repentino silencio casi alivió a la muchacha. Oyó su propia respiración. Era un jadeo apagado.

Como sonámbula, recorrió la habitación. Entonces descubrió un cenicero volcado, cigarrillos a medio consumir, arrugados, ensuciando de ceniza la moqueta. Más allá, una pequeña banqueta, tapizada de rojo, volcada. Y junto a ella, una figurita de vidrio que se había hecho añicos, junto con un vaso alto. Había huellas de humedad. Algún licor.

Los recuerdos volvían a su mente. Pero eran torpes, confusos. Sin embargo, se sintió aterrorizada.

Ella había ido a aquella casa con el hombre gordo, fofo y desagradable. ¿Para qué, si apenas le conocía? ¿Por qué estaba desnuda? ¿Por qué él también?

Tembló. Un recuerdo ingrato acribilló su cerebro confuso. No quiso ni pensar en ello. Luego, otra idea espantosa la asaltó con brusquedad. Cerró los ojos.

No... —musitó, hablando consigo misma— Eso... eso no...

Se movió hacia el cuarto de aseo próximo al *living* trágico donde había vuelto en sí de aquella inexplicable inconsciencia. No pudo evitar un vómito en el lavabo. Las náuseas eran muy intensas. Nunca había visto a un hombre muerto. Y menos, de aquella forma tan horrible...

Se sintió mejor. Mojó su rostro al grifo. En el apartamento hacía buena temperatura. Aun así, tembló de nuevo. Sentía frío. Un extraño frío interior, sutil y penetrante, que calaba hasta los huesos.

Asomó a otra estancia vecina. Dio la luz. Era una cocina. En el muro, un tablero llamó su atención. Colgaban en él un hacha de cortar carne, un trinchante y un gran tenedor de tres púas. Quedaba un hueco, un clavo dorado sin nada en él.

El cuchillo. El arma asesina. Había sido quitada de allí, para segar el cuello al hombre gordo y fofo.

Otra habitación más, la última, atrajo su atención después. Un dormitorio. Una cama grande. Y sobre ella y la alfombra..., ropas de

mujer. Y ropas de hombre. Todas revueltas, juntas.

El horror de aquella idea anterior se hizo más evidente. Sus temores parecían confirmarse. Ella y aquel hombre repulsivo... No era posible. No, no quería pensarlo siquiera. Pero todo lo corroboraba.

Tomó una decisión repentina. Avanzó hacia las ropas. Tomó sus braguitas, su sostén, sus medias, su falda y su blusa, sus zapatos... Era todo lo que había llevado encima, cuando entró en aquella casa, con el hombre muerto.

Se vistió con rapidez. Estaba nerviosa. Sus manos temblaban. Le costó abrochar el sostén. Se hizo daño en el pecho. Pero se olvidaba de todo dolor ante la premura que exigía la situación. Tenía que irse de allí. Lo antes posible. Si alguien llegaba a sorprenderla en aquella casa, junto al cadáver de un hombre desnudo, asesinado con un cuchillo de cocina, la sospecha resultaría demasiado clara y evidente. Ella misma sospechaba, por otro lado, lo peor.

Luego, estaba todo lo demás. Cuando supieran quién era ella...

Humedeció sus labios, angustiada. Recordó que llevaba un pequeño bolso consigo. Era todo lo que tenía. Todo lo que había podido llevarse consigo, cuando abandonó... aquel horrible lugar. El sitio en el que no quería ni siquiera pensar.

Encontró el bolso al otro lado de la cama, junto a una mesilla sobre la que se veía un teléfono de color naranja, junto a una fotografía del hombre gordo, con una mujer y niño a su lado, los tres apoyados en Tina cerca de madera clara, ante una casa ajardinada.

Los ojos de la muchacha se fijaron en la dedicatoria de un ángulo de la fotografía:

«A mi querido esposo Dean, para que nunca nos olvide a los dos.

»Con cariño,

»*Sheila.*»

Así eran esta clase de tipos, pensó ella. Un hombre feo, desagradable y de mal tipo, con una esposa más joven, más atractiva, y con un niño encantador. Y se liaba a buscar mujeres por ahí. Y las miraba y remiraba a todas, como si deseara devorarlas.

Ahora estaba muerto. Tal vez se lo mereció. Pero nadie tiene

derecho a cortar así una vida humana. Es lo que ella pensaba. Ya no podía sentir odio ni asco hacia él. Sólo pena. Compasión.

Pero ni siquiera podía estar segura de que no hubiera sido ella misma quien, durante aquel lapso de tiempo en blanco, del que no recordaba nada claramente, empuñara el cuchillo de la cocina y lo clavara en la garganta del hombre.

Lo cierto es que, desde el momento mismo en que se encontró con aquel individuo, todo era borroso, turbio, en su memoria. Tenía una vaga idea de que había ido con él a su apartamento, de que tomó allí una copa con él, y escuchó la música de piano en el tocadiscos. Luego, también confusamente, tenía la idea repugnante de qué las manos gordezuelas y velludas del tipo la habían manoseado obscenamente, estrujándola con lujuria irrefrenable. Ella se había soliviantado de repente, creía recordarlo...

Quiso huir de aquel hombre, de su sucio contacto. Estaba segura de ello. Pero no hubiera podido jurarlo. Y luego... ¿Qué pasó luego?

Se tocó las sienes, nerviosa. Le ocurría a menudo. Aquellos lapsos suyos... Su mente enferma, todo lo demás Sobre todo, *lo demás*.

No, no quería pensar en ello. Se encaminó a la salida del apartamento.

Y entonces oyó las sirenas de los coches patrulla de la policía, allá en la calle, ante el edificio.

El escalofrío subió por su espina dorsal hasta cosquillearle en la nuca y erizar sus dorados cabellos. Como un animal acorralado, miró en torno suyo. Se preguntó cómo podría salir de aquel piso que, repentinamente, se había convertido en un cepo perfecto, en una trampa de la que difícilmente podía evadirse.

Sola, con un cadáver, con sus antecedentes, ¿qué podía decir a la policía, que ellos pudieran admitir como verosímil?

Además, ocurriese lo que ocurriese, ellos la devolverían... *allí*.

Y eso, no. No podía aceptarlo. No quería pensarlo siquiera.

Cualquier cosa era mejor que aquello. Cualquiera. Incluso morir.

No tenía mucho que perder. Sólo eso: la vida. Y si había de seguir disfrutándola en cierta forma, era mejor terminar de una vez. Poner fin a todo.

Oyó la llegada de los automóviles, los frenazos allá en la calle, el deslizarse chirriante de los neumáticos sobre el asfalto. Ya estaban

ante la casa En cuestión de segundos, alcanzarían la entrada, subirían en ascensor o por las escaleras. Quizá por ambos sitios, para impedir la evasión de la persona cazada en el apartamento del hombre muerto.

Ni siquiera pensó en lo inexplicable que resultaba que los policías acudieran allí, ahora. En lo oscuro que aparecía el motivo de su oportuna llegada al lugar donde se había cometido un crimen y donde ella estuvo sola con la víctima, al menos mientras conservó la conciencia.

En lo único que ella podía pensar ahora, era en la evasión. En huir de la policía. Y del cadáver desnudo del hombre degollado.

Salió del apartamento. Se detuvo en el corredor, escuchando. Vio la luz del ascensor comenzar a moverse.

Primera planta, segunda... Ya subían. Por la escalera, no llegaban aún los ruidos de las pisadas. Era la planta undécima. Aún tardarían un poco en oírse los zapatos pesados de los agentes de policía

Estaba acorralada. Sabía que no podía bajar, sin ser detenida, interceptada por los patrulleros. Por tanto, tenía que tomar otro camino: el de subida. No había ninguno más.

Tomó las escaleras. Comenzó a subir, no sin antes quitarse los zapatos. Emprendió veloz carrera, escalones arriba, descalza. Pisadas silenciosas, que la llevaron a la duodécima planta, en pocos instantes. Se detuvo, escuchando. Ahora, sí.

Ahora se les oía ya. Debían andar por la tercera o cuarta planta. Subían de prisa. Y el ascensor debía de estar llegando. Si ellos sabían que había alguien en el apartamento, con la víctima, rápidamente emprenderían la búsqueda en los pisos altos.

Pero no tenía otra solución. Todo dependía de que pudiera anticiparse lo suficiente a ellos. Ser más rápida, en una palabra.

Echó a correr, siempre descalza. Un piso, otro, otro... Iba ganando tiempo y terreno. Al menos, por el momento. Se detuvo, casi sin aliento, en el piso dieciséis. Aún quedaban algunos más. Miró hacia abajo por el hueco. Una puerta osciló. Oyó pisadas y voces. Ya habían llegado a la planta del crimen.

El tiempo favorable se le agotaba. Siguió a todo correr, tras tomar aliento. Llegó a la planta veintidós, virtualmente agotada. Era la última. Vio sobre ella un último rellano. Y una salida a una

azotea.

Hizo el último esfuerzo. Tenía que hacerlo. Alcanzó la azotea. Asomó a ella. Pestañeó, mirando en torno. La transpiración humedecía su rostro. Hacía calor. Un calor húmedo, bochornoso. El cielo estaba nublado. Quizá llovería.

Se apoyó, agitada, jadeante, en uno de los respiraderos de la calefacción. Contempló la antena colectiva de la televisión, los grandes soportes metálicos de un gigantesco anuncio amarillo y verde, que parpadeaba ante ella, hacia la calle.

Como una figurilla de juguete, se movió hacia aquellas gigantescas letras luminosas, bajo las cuales se deslizó la sombra furtiva de su cuerpo. Miró a la calle. La cabeza le dio vueltas.

Dominó el vértigo, apartándose del borde de la azotea Veintitrés plantas era mucha altura. Demasiada, sobre todo en su situación.

No tardarían en llegar también los policías. No eran tontos. Imaginarían lo que había hecho el asesino de aquel hombre, Y para ellos, el asesino no podía ser sino la última persona que abandonó el apartamento Es decir: ella.

Rodeó el gran luminoso. Unas veces se deslumbraba, bañada por la luz amarilla y verde, y otras se quedaba en sombras, entre las bombillas y tubos fluorescentes, que jugueteaban con la publicidad gigante, en la cima del edificio. En otras edificaciones vecinas, también aparecía gran profusión de anuncios luminosos. Broadway estaba lleno de ellos.

Se detuvo ante un parapeto que comunicaba esta casa con la inmediata. Tuvo una idea. Se encaramó, desgarrándose la falda en el intento. Pero logró escalar el muro, y miró al otro lado. Luego, saltó a la azotea vecina. La cruzó a la carrera, ocultándose tras cualquier objeto saliente, hasta llegar junto a otro luminoso más pequeño que el de la casa anterior. Lo recorrió con rapidez, protegida por los grandes caracteres luminosos, hasta llegar a la tercera edificación vecina. Tampoco le costó salvar unas escalerillas metálicas, una valla y otro parapeto, para llegar a ella. Allí terminaba la manzana. Respiró con desaliento. No podía ir más lejos. Pero tal vez resultara.

Alcanzó la puerta de acceso a las escaleras del edificio. Bajó por ellas con rapidez, hasta una planta cualquiera. Allí, salió al corredor, con paso normal, apoyando un brazo en su falda, para

tapar el desgarró producido, que llegaba hasta su muslo.

Pulsó el botón del ascensor. Este subió. Debía de estar detenido en una planta alta, porque llegó en seguida. Se deslizaron las puertas a ambos lados. Ella entró, pulsando la planta baja, sin vacilar. Tenía que jugarse el todo por el todo.

Llegó abajo. Cada segundo era como una eternidad. Sabía que los policías estarían ahora buscándola en la azotea, que imaginarían quizá sus movimientos, y se apresurarían a bloquear la manzana para impedirle la evasión. Ignoraba si ellos poseían su descripción, si sabían su sexo, su identidad. Pero debía ponerse siempre en lo peor.

Las puertas del ascensor se abrieron automáticamente. Ya estaba abajo. Miró en derredor. Había una cabina de conserjería y centralita telefónica, y en ella un hombre de uniforme gris, vuelto de espaldas. Respiró hondo. Se irguió, con aire sereno. Salió del ascensor. Caminó tranquila, segura de sí, hacia la puerta de la calle. Sus tacones se hundían en la moqueta. Su corazón palpitaba alocadamente dentro de su pecho.

Pasó ante la conserjería. El conserje comenzó a volverse, al oír sus pisadas suaves. El corazón parecía que se le iba a detener de un momento a otro. La respiración se hacía ahogada, agobiante.

Cuando iba a decirle algo, quizá a fijarse mejor en ella, y advertir que no era una vecina habitual del inmueble, sonó el teléfono. El hombre se inclinó, tomando el aparato y accionando una tecla de su centralilla. Sin apresurarse, siempre serena, al menos en apariencia, ella pasó a su lado, e incluso dijo un seco y breve: «Buenas noches.» El telefonista agitó una mano, sin mirarla apenas, mientras atendía la llamada, y pulsaba otra tecla para comunicar con algún número del edificio.

Para entonces, ella estaba ya en la puerta del inmueble. Abrió la cerrada hoja de vidrio grueso, color caramelo. Suspiró, al pisar la acera. Se alejó con paso calmoso, mientras el corazón parecía a punto de salirse de su cuerpo.

Algo más arriba, dos coches patrulla hacían girar sus rojas luces sobre el techo, y un par de agentes uniformados montaban guardia ante el edificio que ella abandonara a través de las azoteas.

Se alejó, sin apresurarse, sin perder el control de sí misma, pese a su tremenda excitación. Alcanzó la esquina, la dobló. Y luego, sin

esperar más, echó a correr. Un momento después, entraba por la boca del Metro que se abría en la esquina de la calle Catorce con la Tercera Avenida, mezclándose con los noctámbulos que volvían tarde a sus casas, y que, por fortuna para ella, eran más de los habituales.

Entonces recordó que era sábado. Y que había tenido mucha suerte.

Había logrado evadirse. Atrás, quedaba un hombre muerto. Y varias patrullas de policía, buscándola.

Sí. La buscaba mucha gente. Demasiada. Sentía tanto miedo de unos como de otros. Se sentía acosada. Pero Nueva York era una jungla muy grande, donde un pequeño animal asustado y perseguido podía ocultarse en cualquier rincón. Esperaba seguir teniendo suerte. Y no tener que volver... *allí*. Nunca más.

—Antes, me mataré —susurró—. O dejaré que me maten.

Y cuando tomó el primer tren subterráneo, ni siquiera sabía adónde ir ni en dónde guarecerse, por aquella noche. Ni le importaba.

Lo importante era huir, huir siempre.

CAPITULO II

Roy Casper tecleó con rapidez la palabra *fin*. Luego, arrancó la hoja de papel del rodillo de su máquina, con un suspiro de alivio.

Ya estaba listo. Había terminado. Una vez más, el original estaba listo. No se sentía particularmente feliz por ello. Nunca se terminaba del todo. Cada final era un volver a empezar. Siempre así. El lunes, entregaría el original de la novela. Su editor le abonaría la suma de costumbre. Se la gastaría casi toda en pasar dos o tres días agradables, olvidándose de que existía una máquina de escribir y un mazo de folios, para luego volver a sentarse ante el teclado y empezar de nuevo.

Otra novela barata, otra entrega, otro pago. Y así siempre. Era su trabajo. Era su vida. No podía culpar a nadie. Él lo había elegido. Al principio, pensó que era bastante bueno. Que incluso resultaba emocionante aquello de sentarse ante una máquina, y comenzar a manejar personajes, dotándoles de una vida que duraba exactamente el número de pulsaciones exigido por el editor. A veces, muchas veces, tema un cierto regusto morboso eliminar a cualquiera de ellos, hacer que uno de sus entes de ficción asesinara a otro, para darle emoción a la cosa.

Pero, a la larga, ése era un trabajo terriblemente aburrido y reiterativo. Roy estaba cansado ya de él Sólo que no podía dejarlo. Por la sencilla razón de que no hubiera sabido hacer otra cosa.

Su editor se lo decía, a veces:

—Casper, usted tiene imaginación, ingenio y cierto buen estilo. ¿Por qué no intenta otra cosa? Escriba algo mejor. Yo se lo publicaría. Podría ser el principio de algo mucho más prometedor

para usted.

Siempre le decía que sí. Que un día lo intentaría. Pero ese día no llegaba nunca. El seguía con sus relatos para ediciones baratas. Cincuenta centavos un volumen de papel que no tenía mucho que envidiar al amarillo y basto de los viejos *pulps* de otros tiempos. Una portada que casi siempre se parecía asombrosamente a las demás, y un público no demasiado exigente, que buscaba una evasión de algunas horas, leyendo su periódico. Eso era todo.

Miró sus bolsillos tras ponerse en pie, aplastar el cigarrillo en el cenicero, y apurar el vaso de *bourbon* con hielo que tenía junto a la máquina. Contó su fortuna actual. Exactamente treinta y cinco dólares y setenta centavos. Tenía que durarle hasta el lunes, cuando su editor le pagase. Se preguntó qué diablos podía hacer un hombre en una ciudad como Nueva York, con ese capital en el bolsillo. La respuesta que vino a su mente era totalmente descorazonadora.

Aun así, se afeitó y aseó, dio un beso en el trasero a una chica de calendario de rotundas curvas, clavada en la pared de su angosto despacho, eligió su chaqueta menos ajada, una corbata decente, sin manchas de grasa, y salió de su pequeño apartamento de la calle Once, para dirigirse a Sheridan Square a tomar algo y empezar a divertirse un poco, si es que treinta y cinco dólares le permitían a uno diversión en la noche de Greenwich Village o de cualquier otra parte de Manhattan.

La figura enjuta, juvenil y deportiva de Roy Casper —deportiva a pesar de su vida sedentaria ante la máquina de escribir, gracias a su afición a las largas caminatas por Central Park o por los amplios parques de Queens, en cuanto tenía la menor ocasión para ello, así como por su práctica algo irregular, pero no abandonada totalmente, de su gran afición de otros tiempos, las Artes Marciales, que practicaba de vez en cuando en un *dojo* de McDougall Street—, se movió hacia la salida resueltamente. Apagó las luces y cerró la puerta, sin molestarse siquiera en coser los folios mecanografiados. Tendría tiempo el domingo, por tarde que regresara a casa, y aunque el encuentro con algún amigo le supusiera alguna inevitable borrachera.

Poco después, estaba en la calle. El ambiente bohemio y alegre del Village, le engulló, como cualquier noche de sábado, en medio de la heterogénea horda de pintores ambulantes, *beatniks*,

vendedores de baratijas, vagabundos, tipos pintorescos, originales artistas de todo tipo, y amantes de la música de *jazz* o de las agrupaciones *beat*, repartidas por los patios, sótanos y clubs nocturnos de aire decadente o revolucionario, en delirante mescolanza. Eso era Greenwich, después de todo, y así le gustaba a él.

Pasó ante las luces del Albert's, el restaurante francés de la calle Once, que organiza habitualmente los *tours* por el Village, gratuitamente, en sus pintorescos coches multicolores, decorados por Salvador Dalí^{1}. Hubiera cenado a gusto allí, pero sus posibilidades económicas no alcanzaban, ni con mucho, a semejante pretensión. Tendría que conformarse con unos emparedados y una cerveza en cualquier rincón habitual de su barrio.

Y a ello se encaminó.

Sin saber, sin sospechar siquiera, que allí mismo iba a comenzar una aventura insólita para él. Algo mucho más extraño y fantástico que todo lo que su mente imaginaba cada mes para escribir una de sus novelas de cincuenta centavos.

Todo porque eligió la cafetería de su viejo amigo Sammy Prince, cerca de University Place, para tomarse su frugal cena del sábado, a un precio más asequible.

Y allí se encontró con aquella rubia regordeta, de grandes pechos y trasero agresivo, la inefable Francis, que gustaba de invitar a los amigos, cuando tenía algún dinero. Especialmente, a los amigos que usaban pantalones. Era una de sus debilidades, aunque luego los invitados tuvieran que corresponder en la medida de sus posibilidades a esa invitación.

Roy sabía cuáles eran esas posibilidades tuyas, pero no le importaba. Aunque la rubia y bien dotada Francis no era su tipo, tampoco se la podía despreciar, sobre todo si, a cambio de ese favor, podía disfrutar de una buena cena, con vino y todo, en vez de cerveza vulgar, en un sitio más selecto que los que él frecuentaba.

Aceptó la invitación de Francis, para ir a cenar con ella a un nuevo local, cerca de Chinatown y del Bowery, llamado Nicky's. Pese al poco recomendable lugar de su emplazamiento, en plena zona de prostitutas, proxenetas, drogadictos y demás gentuza de la ciudad, Nicky's era un sitio caro. Demasiado caro para él.

Pero Francis pagaba. Y valía la pena aceptar sus caricias, e

incluso ceder a sus exigentes demandas después de la cena, si ella financiaba la velada. Sin mucho escrúpulo, Roy Casper aceptó.

Y eso marcó su destino,

Y el de otra persona a quien jamás había visto antes de ahora.

* * *

Hoaggy Murphy era famoso en el barrio. Muy famoso. Tristemente famoso, eso sí. Pero a él no le importaba demasiado este último punto.

Alto, flaco, negro como el contenido de una caja de betún, de redondos ojos saltones, boca grande y torcida, pelo rizado, brillante, y unos indescriptibles trajes, habitualmente blancos, crema o de un gris perla impoluto, con corbatas cuyo colorido recordaba remotamente un plato de ensaladilla rusa, Hoaggy Murphy era la perfecta imagen del negro fanfarrón, presuntuoso y atildado. Pero él era mucho más que eso. Y la gente lo sabía.

Sobre todo, lo sabían las chicas del Bowery y de una parte de Chinatown, alrededor de Canal Street Chicas que, en su gran mayoría, dependían de él. Y le entregaban puntualmente el sesenta por ciento de sus ingresos del día. Alguna de ellas había pensado, a veces, rehusar tan abusivo porcentaje, pero solamente lo pensaron una vez. Y lo hicieron por primera y única ocasión. Jamás volvieron a intentarlo. Se sabía que sólo una repitió la hazaña. Ya no podía «trabajar» de noche en las calles. Ni en ninguna parte. Tenía una cicatriz que atravesaba diagonalmente su mejilla derecha, desde el pómulos hasta la comisura de los labios. La afeaba de tal modo, que nadie hubiera dado un solo dólar por acostarse con ella.

La primera intentona no sufría represalias tan graves. Hoaggy Murphy acostumbraba a decir que él era un tipo comprensivo, y que todo el mundo tiene derecho a otra oportunidad, pero nada más.

Por eso se limitaba a dar una buena paliza como primer aviso. El segundo, era el tajo con su navaja. Si la desfiguración no era muy seria, aún servían para algo. Y seguían cotizando. Pero un setenta y cinco por ciento, a partir de entonces. Si se producía una tercera rebeldía, la chica aparecía flotando en el East River, caída «accidentalmente» a sus aguas, con algunas copas de más,

apestando a alcohol todo su cuerpo.

Nadie sabía de ninguna que hubiera llegado tan lejos. El segundo aviso era ya suficiente para desanimar a la rebelde de turno. Hoaggy tenía bien montado su negocio.

Acostumbraba a hacer el recorrido por los garitos y tugurios de Bowery, allá a la medianoche, para hacer la primera recaudación. Las que se quedaban aplazadas pagaban a las cuatro de la madrugada. Nadie podía dejar el pago para el otro día. Eso no entraba en las condiciones de Hoaggy para con *sus* chicas.

Esta noche, las cosas no habían ido demasiado bien para ser sábado. La recaudación había descendido bastante. Hoaggy, receloso, había llegado a registrar a sus muchachas bien a fondo. Incluso haciéndolas desvestir totalmente.

Pero el registro no dio resultado. Realmente, las chicas parecían desoladas. O sus encantos empezaban a mermar, o la clientela andaba esta noche reacia a soltar el dinero.

—Esto no me gusta —avisó duramente a algunas de ellas, tras contar los billetes recogidos en la última colecta, la de las cuatro—. Si se repite un día así, tomaré medidas serias contra vosotras, ¿entendido?

—¿Qué quieres que hagamos? —protestó una de ellas—. Somos las primeras interesadas en ganar más. Pero los tipos están duros esta noche. Va a rachas.

—Pues será mejor que la racha termine, si queréis verme contento —torció el gesto de su fea cara charolada—. Cuando me enfado, resulto bastante desagradable.

Desviaron, temerosas, sus miradas las chicas reunidas por Hoaggy en el sucio y angosto garito de Lassiter, repleto de humo y olor a sudor. Un trío de músicos trataba de animar en vano el ya decaído ambiente.

Tras una pausa, Hoaggy metió los billetes de la recaudación diaria en un bolsillo de su impecable terno color crudo. Se quedó mirando a las chicas. Preguntó, de repente, con acritud:

—¿Y Maggie? ¿Dónde está?

Las chicas se miraron entre sí. De pronto, una atmósfera tensa pareció adueñarse del local. Algunas se encogieron de hombros. Otras menearon negativamente la cabeza. Una de ellas declaró, con fingida indiferencia:

—No sé. Siempre tarda en volver. Tal vez tuvo más suerte que nosotras.

—Nunca tarda tanto —cortó Hoaggy, agresivo—. Sabe que ha de estar aquí a las cuatro, como máximo. Y son las cuatro y veinte.

—Yo no la he visto —dijo otra—, Pero Maggie siempre tiene suerte. Habrá pescado un buen pez.

—Al diablo con eso —masculló agriamente Hoaggy, mirándolas desconfiado—. Ella se aloja en una habitación de la casa de Maude, ¿no es cierto? Encima del Follies de Parrish... Iré a ver allí. Vamos, largaos todas a casa. Y que nadie avise a Maggie de que fui hacia su casa, ¿entendido? Sabría quién fue..., y lo lamentaría.

Salió airadamente del club de Lassiter. Este, contemplando la ausencia de toda clientela, con la excepción de un par de borrachos acodados en la barra, desconectó la gramola. Se dirigió, con acento desganado, a las chicas:

—Eh, vosotras, podéis hacer lo que dijo Hoaggy. La noche ha terminado. Al menos, para mí. Esa maldita Maggie, ¿qué diablos estará haciendo? Si enfurece a Hoaggy, lo va a pasar muy mal.

Ninguna dijo nada. Se encaminaron a la salida, una tras de otra, contoneando con desgana sus cuerpos curvilíneos, ceñidos por ropas que realizaban sus formas. Era la fuerza de la costumbre, porque no había clientela a la vista, y el escaparate de su mercancía estaba sobrando.

—Maggie. .. —suspiró una, ya en la puerta de la calle—. O está loca, o es demasiado valiente. Yo, que ella, no haría lo que ha pensado hacer...

Las demás la miraron en silencio. Todas sabían lo que Maggie pretendía, esta noche. Y no les gustaba la idea de que Hoaggy también lo llegara a saber...

Pero Hoaggy Murphy era un proxeneta muy hábil y astuto. Por eso duraba tanto en aquel barrio, lleno de competidores tan peligrosos como él. Maggie no podía engañarle. Ninguna lo había hecho, hasta entonces.

Y ella no iba a ser la primera.

* * *

Exhaló un grito de terror.

Luego rodó por el suelo, se escapó la maleta de sus manos, y se abrió, al golpear la pared del callejón, dispersando las ropas por doquier, violentamente. De su breve nariz, comenzó a brotar sangre abundante.

¡No, no! —gritó—. ¡No puede hacerme eso, canalla! ¡Llamaré a la policía...!

Maggie había cometido dos errores: el primero, intentar escapar del Bowery, de Manhattan incluso, con el dinero de la recaudación de aquella noche. El segundo, mencionar la policía, tras recibir el primer golpe violento de la negra mano nudosa de Hoaggy Murphy.

— Puerca ramera... —jadeó el proxeneta con ira. Estaba erguido ante ella, sus impecables, charolados zapatos, junto al cuerpo abatido de Maggie. Se limitó a descargar una serie de patadas contra los pechos y las espaldas de la joven. Ella chilló, agitándose de dolor—. Repite esa estupidez, y no me conformaré con darte la mayor paliza de tu vida, sino que ni tu propia madre te reconocería si viese tu cara, después de tratarla con mi navaja... ¡Nadie engaña a Hoaggy Murphy, te lo dije un día, preciosa bastarda!

Y aferrándola por los rojos cabellos, la alzó violentamente del suelo, sin importarle que ella emitiera chillidos de angustia. Tampoco a los pocos desocupados noctámbulos del Bowery, que pasaban de tarde en tarde cerca del callejón contiguo al Follies de Parrish, parecía preocuparles lo más mínimo los problemas ajenos.

Cuando la tuvo ame sí, la abofeteó con la otra mano, repetidamente, y luego la tiró contra la pared, donde chocó con fuerza, volviendo a caer al suelo. Un puntapié de Hoaggy la alcanzó en la boca. De su labio cortado, chorreó sangre, entre gemidos de dolor y súplicas de clemencia.

Pero Hoaggy no sabía lo que era esto. Nunca tenía piedad de nadie. Aferró su blusa y la desgarró salvajemente. Ella temió que el negro la asesinara allí mismo. Sólo que se equivocó en sus temores.

Hoaggy no acostumbraba a hacer tales cosas con sus chicas, en especial cuando sólo debía castigar un acto de rebeldía. Tenía métodos más crueles y refinados, que sin matar a la gallina de los huevos de oro, le permitía proporcionarle un buen escarmiento.

Se quitó un cigarro entendido de sus labios torcidos y lo aplastó brutalmente contra el pecho de la joven. Allí lo estrujó, como si quisiera barrenar el lugar elegido.

Maggie exhaló un agudo grito de infinito dolor, se agitó, convulsa, al sentir la terrible quemadura en su seno, y se desplomó a pies de Hoaggy, desvanecida.

El proxeneta la miró despectivamente. Se inclinó. Sin inmutarse, rebuscó en sus ropas, encontrando unos billetes de cincuenta dólares, doblados cuidadosamente, y adheridos con esparadrapo a un lado de una prenda íntima.

—Vaya, tuviste una buena noche, palomita —rió, despectivo—. Por eso te entró la tentación de burlarte de tu viejo amigo Hoaggy, ¿eh? Espero que esto sirva para que no repitas tu error...

Se llevó la totalidad del dinero, dejando tendida en el callejón a Maggie. Con gesto complacido, se dispuso a entrar en el Follies de su amigo Parrish.

Se paró en seco, con una mano sobre la vidriera multicolor de la entrada. Quedóse mirando con sorpresa a la solitaria viandante que acababa de aparecer por la esquina opuesta, y contemplaba, como ausente, las carteleras procaces del Follies, anunciando los *strep-tease* y el resto del programa *sexy* habitual.

Era una mujer sorprendente. Muy bella y turbadora. Una mujer que no se parecía en nada a las habituales del Bowery. pensó Hoaggy Murphy, contemplándola, interesado.

Cabellos de un rubio suave, ojos muy azules y grandes, nariz recta, boca carnosa, figura esbelta, con una innegable distinción, pese a su blusa vulgar, su falda rota, su apariencia de humildad. Apretaba contra sí un bolso de piel, y parecía deambular por allí tomo un náufrago lo haría en un bote salvavidas, a través del océano. No se la veía a ella menos perdida en las turbias y procelosas aguas del Bowery neoyorquino que a ese hipotético náufrago en la mar.

Hoaggy sonrió para sí. Era un experto en atraerse nuevas chicas para su negocio. Sobre todo, a chicas que significaban un beneficio seguro. Aquella rubita joven, y con apariencia tímida, podía ser una de ellas, así la suerte le acompañaba. Había visto a muchas provincianas así. Llegadas a Nueva York en busca de fama y fortuna, terminaban aceptando lo que fuese, con tal de tener unos vestidos, algo de dinero, un techo donde refugiarse

Además, a la mirada cauta y aguda de Hoaggy no se le escapó un detalle significativo de la bella desconocida.

Estaba contemplando con ojos muy fijos, absorta, el desnudo viril de un artista del Follies, el Bello Apolo, como rezaban las carteleras. Un joven alto, rubio y atlético, de grandes músculos y figura arrogante, cuya desnudez podía resultar indudablemente atractiva para una mujer, aunque Hoaggy sabía de buena tinta que el tipo, pese a toda su planta, era un homosexual completo.

Pero eso no podía saberlo la muchacha de la calle Bowery. Sus ojos se fijaban con rara atención en la fotografía del desnudo masculino. Obviamente, aquellas pupilas azules se mantenían clavadas en un determinado punto de ese desnudo. Hoaggy sonrió, ladino. Conocía bien a las mujeres. Eran su mercancía habitual.

«O yo no sé nada de fulanas, o esa chica es una ninfómana. Ni siquiera lo disimula. Está como loca por el Bello Apolo... Creo que esto puede resultar, si no me equivoco...»

Y tomó su decisión rápida.

Avanzó, decidido, hacia la desconocida. La aferró por un brazo. Tiró de ella, mientras la joven ahogaba un grito de sorpresa, y le miraba con repentino terror.

— ¡Suélteme! —rogó, angustiada—, ¿Qué es lo que hace?

—Vamos, preciosa — la invitó, con energía, él—. Entra en el Follies conmigo. Te puedo presentar a esa belleza de hombre, que tanto te atrae. Tomemos una copa, mientras tanto, ¿te parece?

La metió a viva fuerza en el local. Un ambiente cargado de humo, a media luz, todavía con atracciones en la pista, pese a lo avanzado de la hora, acogió a ambos. La muchacha aún forcejeaba. Pero Hoaggy tenía mucha fuerza, bajo su físico flaco y desgarbado. Era todo nervio y músculo, por debajo de su negra piel. Retuvo a la joven consigo, y la obligó a sentarse en un compartimiento, entre dos altas separaciones de madera. Silabeó entre dientes, con acritud:

—Escucha, encanto, puedo ser muy desagradable, si me obligas a ello. En cambio, si tomas una copa y me escuchas atentamente, nada va a ocurrirte.

—No me gusta ir con nadie, por la fuerza —replicó ella, vivamente.

—Te entretendré muy poco tiempo —rió el proxeneta. — El justo para que pueda presentarte a un buen amigo, que parece gustarte bastante: el Bello Apolo.

—No me gusta ningún hombre —rechazó la joven, eludiendo su mirada—. Ni me gusta usted, ni tampoco sus métodos. Déjeme marchar. O armaré un escándalo.

—Aquí nadie hace caso de los escándalos —se mofó el—. Y menos, estando yo delante. Son mis dominios encanto. ¿O prefieres llamar a la policía?

— ¿La... policía? —ella tragó saliva, apretando luego los labios con gesto temeroso.

—Está bien, avísala. ¿De qué me acusarás? ¿De querer invitarte a una copa? —soltó una carcajada cínica— Se reirían de ti y de tus acusaciones. Te dirían que no es prudente recorrer el Bowery a estas horas, sobre todo si se es una chica moralista, que rechaza una invitación amistosa. Pero si quieres llamarles..., hazlo.

—No, no —demasiado rápidamente negó la joven—. No hará falta... Tomaré esa copa.

Un destello astuto cruzó los negros ojos redondos y saltones del granuja. Hoaggy era muy listo. Habla que serlo, en su mundo. No podía pasarle desapercibido el raro temor que la mención de la policía producía en la desconocida.

—Bien —hizo un gesto a un camarero—. Tomaremos algo. Luego... verás a ese chico. Apolo. Es todo un tipo Pero quizá te defraude algo. Es... menos viril de lo que imaginas, pese a lo que viste en la fotografía. No te aconsejo que te acuestes con él. Te dejaría en ayunas.

Yo no he pensado en acostarme con nadie —se ofendió ella, airada—. Si vuelve a hablar así, me marcharé, pese a todo. Y si es preciso, llamaré a la policía, diciéndole que me está usted injuriando soezmente, señor.

—Muy bien —rió, burlón, el negro, echándose atrás en el asiento—. Anda. Ve a llamar a la policía. ¿O quieres que lo haga yo? No me importará ir a ese teléfono y... —No, por Dios —se alarmó ella—. No lo haga.

—Vaya... Parece que empiezas a ser sincera, ¿eh, palomita? el camarero había llegado ya junto a ellos. Hoaggy alzó sus ojos hacia él. Le pidió—: Dos cervezas. La señorita no bebe licores fuertes. Eh, Rick, escucha. ¿Acostumbras a oír la radio?

—Cada día, ya lo sabes —rió el camarero, señalando al fondo—. Tengo un receptor allí, en la trastienda. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Es una idea que se me ocurrió... ¿Han hablado recientemente de alguna chica de pelo rubio oscuro, ojos azules, unos veinticinco años, uno sesenta y ocho aproximadamente de estatura, nariz recta, boca carnosa, unos sesenta kilos de peso, vestida con blusa azul y falda gris?

—Diablo, Hoaggy, lo has repetido casi exactamente como lo hizo el locutor varias veces, al dar la descripción de esa chica...

— ¿Qué chica? —los ojos de Hoaggy no se separaban de su compañera de mesa, que, de repente, había palidecido de modo intenso.

—La de la radio. El boletín de la policía, ¿sabes? No cesan de repetirlo. Es una chica peligrosa. Velda Vincent... Evadida de un hospital psiquiátrico... Atacó a un hombre y lo mató. Es una ninfómana salvaje... La están buscando,

Y los ojos del camarero Rick se clavaron, estupefactos, por vez primera, en la chica que acompañaba a Hoaggy Murphy. Balbuceó, asombrado, señalándola:

—Es ella... ¡Es *ella*, Hoaggy!

—Ya lo sé —el proxeneta miró fríamente a la joven mortalmente lívida—. Ya lo sé, Rick. Pero no vas a llamar, por eso, a la policía. Es Velda Vincent, claro Sólo que ella es *ahora* asunto mío, ¿entiendes?

—Sí, claro, Hoaggy —le miró, preocupado, meneando la cabeza—. Pero ¿sabrás manejarla? Un homicidio es mal asunto... Y siendo una ninfómana como es...

—Sírvenos la cerveza. No has visto nada ni a nadie. Si intentaras algo, sería lo último que hicieras en tu vida, Rick. Vamos, lárgate por esas consumiciones. Y olvida a Velda Vincent... para siempre.

Sin decir nada, el camarero se alejó del compartimiento, dejando a Hoaggy con su inesperada pieza de caza mayor, acurrucada frente a él, medrosa y angustiada.

—Vaya, vaya... —silabeó—. De modo que ninfómana y homicida, ¿eh, preciosa? ¿Sigues queriendo hablar con la policía para librarte de mí..., o te vas a poner en manos de papá Hoaggy para que él te saque del apuro?

—Creo creo que no puedo hacer otra cosa —gimió ella ahogadamente, con un brillo húmedo en sus ojos—. Lo... lo siento. Haré lo que diga. Pero no soy lo que está imaginando. Yo...

— Está bien, está bien —agitó una mano larga, negra, de dedos huesudos—. No me cuentes nada, ahora. Hablaremos de eso, después. Ahora tomaremos esa cerveza, y te diré lo que vas a hacer, si no quieres que esos cochinos polizontes te encuentren.

Rick regresó con dos botellas de cerveza y dos vasos, retirándose presuroso, sin querer mirar siquiera a la mujer. Hoaggy, impávido, sirvió cerveza en su vaso. Hizo un gesto a la muchacha para que ella le imitase.

Medrosa, la joven llamada Velda Vincent tomó la botella. Iba a escanciar el dorado y espumoso liquido en el vaso, cuando actuó con una rapidez y energía imprevisibles.

Incluso el negro Hoaggy fue sorprendido por tal acción. Cuando quiso darse cuenta exacta de lo que sucedía, su compañera de mesa le había estrellado la botella en la cabeza, con un seco estrépito de vidrios rotos. Aulló el negro, mezclándose la sangre con la cerveza y los trozos de vidrio color caramelo. Veloz, la muchacha saltó del asiento, corriendo hacia la puerta del local vertiginosamente, y saltando con celeridad al exterior.

Hoaggy, aún herido y aturdido, sujetando su cabeza sangrante, se incorporó en pos de ella, emitiendo un rugido colérico.

Velda Vincent se encontró en la acera. Avanzo con rapidez, hacia la esquina inmediata. Antes de llegar a ella, dos policías uniformados la doblaron, apareciendo a escasa distancia suya.

Giró la cabeza. A su espalda, venía Hoaggy Murphy, con rostro crispado y la sangre resbalando por sus sienes.

Estaba entre dos fuegos. No había evasión posible ahora.

O la policía..., o la feroz venganza del proxeneta de los bajos fondos neoyorquinos.

CAPITULO III

Roy Casper estaba devolviendo el favor a la rubia Francis.

Era inevitable. Tenía que hacerlo, o la próxima vez no podría cenar y tomar vino de calidad en un sitio como Nicky's. Todas las cosas del mundo tienen su precio y cenar con Francis, pagando ella, también había de tenerlo. A fin de cuentas, tampoco era un precio abusivo.

Roy quería sentirse a veces ruin y sin escrúpulos, cuando tenía que hacer cosas así para comer algo decente. Pero luego se decía que con los escrúpulos y la dignidad no se iba muy lejos en este mundo, ni en ningún otro que él conociese.

Y se resignaba a ser todo aquello y a llevarlo lo mejor posible. Después de todo, lo peor era el principio. Todo porque Francis no era su tipo. Luego, ya metido en la tarea, importaba poco. Francis no estaba tan mal qué diablos.

Cierto que, para el gusto de Roy, era un poco llenita Pero algunos tipos se hubieran vuelto locos por unos pechos así y por un trasero tan magnífico. Eran verdaderos los alardes de la Naturaleza, que hubieran hecho palidecer de envidia a las matronas de Rubens.

Ahora, ya en plena tarea, Roy pensaba, incluso, que el sacrificio no era tan grande. La rubia expresaba una felicidad indudable, y aunque él no era tan apasionado, al menos con ella, también empezaba a sentirse transportado al séptimo cielo o a alguno más alto, si es que lo había.

La rubia se afanaba en hacerle placentera la labor, y lo cierto es que lo conseguía fácilmente.

El coche de Francis era un sitio no demasiado cómodo para tales

troles, pero tampoco estaba mal del todo. Reclinado hacia atrás el asiento del convertible, la cosa resultaba aceptable. Además, a Francis le hubiera dado igual hallarse en la mismísima cima del Empire State.

La boca de Casper estrujó la suya, y el beso candente se prolongó para después ceder, relajarse, quedar exhaustos sobre el asiento.

—Oh, Roy, mi amor... —la oyó susurrar a su oído—. ¡Que hombre maravilloso eres...!

— ¿No crees que todo el mérito es tuyo? —sonrió el, sintiendo realmente un inevitable atractivo sensual hacia la exuberante hembra, que restaba quizá a su conciencia la razón para hacerle demasiados reproches.

—No, no —musitó ella, sin despegarse de él una sola pulgada— Es tuyo, mi vida. Todo tuyo... Y bien lo sabes.

—Eres adorable, Francis Me gustas. Me gustas mucho...

— ¿De veras? —susurró ella, empezando a besarle de nuevo, insaciable—. Entonces, ¿por qué no me lo demuestras?

— ¿Cómo?

— ¿Y lo preguntas? —notó que el fuego pasional volvía a ella—. Sólo hay un medio de demostrarlo, mi amor...

Y Roy Casper supo en ese momento que la cena iba a costarle doble precio. Pero no le había mentido a Francis. Después de todo, era una pareja encantadora para una aventura nocturna. Apasionada, sensual, ardiente, y nada exigente después. Para ella, la peripecia amorosa terminaba justamente al concluir el escarceo. No perseguía a los hombres para comprometerse formalmente con ellos, quizá porque esa idea no le gustaba lo más mínimo.

* * *

Francis se despidió de Roy en las proximidades de Canal Street, para regresar a su domicilio. Era ya tarde, y la rubia parecía una gatita complacida cuando dio un beso de despedida al joven escritor de novelas baratas. Las últimas palabras fueron expresivas, mientras guiñaba un ojo maliciosamente.

—Ya nos veremos otro día, Roy, cariño —dijo, a punto de arrancar nuevamente con su coche—. Vale la pena salir contigo a

cenar, créeme. He pasado una noche maravillosa...

Se alejó con su vehículo, y Roy Casper se quedó solo en la madrugada, con sus escasos dólares en el bolsillo, el estómago satisfecho y el recuerdo de las horas apasionadas vividas junto a aquella rubia, de formas opulentas.

Sepultó las manos en sus bolsillos, y echó a andar hacia el Bowery, para beber el último trago en cualquier sitio, antes de tomar el *subway* hacia el Village, al otro lado de Manhattan, pero situado a igual altura de la isla, aunque en la zona opuesta.

Aún había calles iluminadas por los rótulos parpadeantes de numerosos clubs nocturnos, y garitos que no cerraban virtualmente en toda la noche o lo hacían muy tarde. La casualidad le llevó hasta muy cerca de un local todavía abierto, y de cuyo interior brotaba música alegre, aplausos y bullicio.

Era el Follies, según rezaba sobre sus puertas y carteleras. Como en casi todos los establecimientos de su género, anunciaban un espectáculo de *strip-tease* con exhibicionismo abundante de artistas de ambos sexos.

Igual daba aquel sitio que otro, para tomar un trago y pasar unos minutos más en la calle. Aún no sentía sueño.

Se dispuso a entrar en el Follies.

Y entonces ocurrió todo.

La chica de cabello color cielo, ojos azules y falda desgarrada, salid violentamente del local. Tras ella, lo hizo un hombre negro, muy flaco, chorreando sangre por sus brillantes cabellos engomados.

Y allá, al otro lado de la acera, una pareja de agentes de policía hacían su aparición, sin que su presencia pareciera aliviar precisamente a la desconocida que, con gesto de terror, demostró hallarse entre dos fuegos, sin saber cuál de ellos iba a abrasarla más y peor.

* * *

Roy Casper tomó su decisión, en décimas de segundo.

Era una perfecta locura, y ni siquiera supo porque lo hacía. Pero lo cierto es que lo hizo.

Algo en la muchacha le había revelado su tensión, su inquietud,

la angustia que en ella producía aquella situación límite en la que, obviamente, no sabía qué partido tomar.

Roy no quería ser un caballero andante. En realidad, nunca pensó que sirviera para ello. Fue tal vez su instinto de escritor, el que le hizo meter las narices justamente donde no debía. Tal vez soñaba con encontrar esa aventura insólita y maravillosa que todos los hombres anhelan en el fondo de su ser, y más, los que escriben e imaginan cosas extraordinarias, que jamás les ocurren a ellos.

Fuese por lo que fuese, Roy Casper cruzó la calzada resueltamente, y se pegó a la desconocida como si hubiese sido su mejor amiga de toda la vida. La tomó por una mano, efusivamente, y saludó, risueño, echando a andar con ella con la mayor naturalidad del mundo, en dirección a la pareja de policías:

—Ya estoy aquí, encanto. Lamento haberme retrasado. Vamos, se hizo muy tarde ya.

Con un estremecimiento, ella le miró, estupefacta, dejándose arrastrar dócilmente por el joven desconocido, quizá porque estaba lo bastante traumatizada en su actual situación como para no poner objeciones a cosa alguna, por insólita que fuese.

A fin de cuentas, era muy posible que no pensara que existiese en el mundo algo peor que lo que podía ocurrirle en manos de los agentes o en poder del negro ensangrentado.

Sin poder siquiera balbucear una pregunta, confusa, vacilante, la muchacha siguió a su inesperado acompañante que, con su más amplia sonrisa, la condujo como lo haría un enamorado, cruzándose de tal modo con los dos agentes que éstos, ante su decisión, se separaron entre sí, dejándoles paso entre ambos, sin ungriles más que una ojeada de indiferencia.

Roy y su pareja doblaban la esquina, un par de segundos después. Antes, por medio de la vidriera de un local inmediato al Follies, Casper había advertido la expresión, entre estupefacta y enfurecida, del negro de traje impecable y sangre en la cabeza. Pero, en vez de seguirles como temía, apenas se vio ante los dos patrulleros, sin nadie que se interpusiera en medio, el negrito dio media vuelta y, ocultando la sangre con ambas manos, se metió de nuevo en el Follies.

De momento, los dos obstáculos se habían salvado. Un taxi, casi providencial, aparecía por otra esquina en ese momento, con su

«libre» iluminado. Le hizo un gesto, casi maquinal. No tenía apenas dinero, pero se le había ido de la cabeza la idea de tomar el subterráneo. No podía correr más riesgos, con aquella preciosidad cogida de su mano, tras el rasgo de osadía llevado a cabo.

Si ella tenía problemas con la policía, los patrulleros podían darse media vuelta en cualquier momento, correr tras ellos. Si no era así, y seguían adelante en su ronda de madrugada, sería el negro herido quien, sin duda alguna, se lanzaría sobre ellos, sin pérdida de tiempo.

El taxi se detuvo. La muchacha no protestó lo más mínimo cuando él la metió en su interior, a viva fuerza indicó al taxista:

—Rápido, salgamos de aquí. Enfile hacia el oeste, amigo. No importa hacia dónde. Ya le indicaré, más tarde.

El taxista le miró, sorprendido. Luego, la preocupación asomó a su rostro.

—Eh, si van huyendo de alguien, me temo que lo tienen ya encima —dijo el conductor del coche de alquiler.

Era una advertencia oportuna. Casper giró la cabeza.

Sus temores se cumplían puntualmente. El negro de la cabeza ensangrentada había doblado la esquina, en ese mismo momento. Y no venía solo. Dos tipos, con aire de matones profesionales, auténticos manojos de músculos bajo unas ropas bastas y ajadas, le flanqueaban, avanzando con rapidez. Posiblemente, fuesen dos boxeadores sonados, o algo parecido. Ambos eran de color, uno más negro aún que el tipo herido, y el otro con un tono de café con leche en su epidermis.

Los tres hermanos de raza se le vinieron encima en cuestión de instantes, aun antes de que pudiera entrar en el coche, y cerrar la portezuela. La muchacha, acurrucada en el fondo del taxi, gritó con terror:

— ¡No me deje que me coja ese tipo! ¡Es un explotador de prostitutas! ¡Tuve que herirle, para que me dejase en paz!

Eso no explicaba la alergia de la desconocida hacia los policías, pero sí temor al negrito impecable. Casper renunció a subir al taxi, porque no había la menor posibilidad para ello. Optó por volverse hacia los tres rufianes del Bowery, en guardia.

—Oye, amiguito, lárgate de aquí, y deja a la chica con nosotros —silabeó Hoaggy rabiosamente, mientras la sangre resbalaba por

sus orejas y cuello—. Es cosa nuestra, ¿has entendido? Y es feo asunto meterse en los negocios de Hoaggy Murphy, ¿sabes?

No. Roy no sabía eso. Ni le importaba ya demasiado, pese a que el tal Hoaggy acababa de sacar algo metálico de un bolsillo, y, tras accionarlo, sonó un chasquido agrio y brotó una afilada lengua de acero, que apuntó hacia él. Una navaja automática. Un feo problema, cuando la esgrimía alguien que conocía su manejo.

La navaja y los dos matones eran demasiado para un hombre solo. Pero Roy Casper era joven, impetuoso..., y tenía suficientes nociones de karate como para enfrentarse a tal situación, sin demasiados temores. Mentalmente, se dijo que esto no era como entretenerse en el *dojo* con otros discípulos de Artes Marciales, pero bastaría con hacer algo parecido a lo que hacía entonces.

Y lo hizo.

Con una mezcla de karate y defensa personal, se enfrentó a los tres bribones del hampa.

El primero en atacarle fue el musculoso negro de su izquierda. Casper atrasó rápidamente el pie derecho, en Sanchin-Dachi, y paró con el antebrazo zurdo, en un Ude-Uke-Uchi rápido y seguro, que bloqueó el impacto enemigo.

Simultáneamente, Casper adelantó el pie derecho con un gran paso en Zen-Kutsu-Dachi, y golpeó duro, demoledor, al esternón, con el puño del mismo lado, en Oie- Tuki-Jodan. Sin detenerse, fue ahora el puño zurdo el que se disparó, en Bari-Bari (golpe repetido), en un golpe de Gyaku-Tsuki-Jodan.

El negro poderoso, con un bramido, se desplomó en el asfalto, igual que un fardo, quedando inmóvil.

Hoaggy se había lanzado, entretanto, navaja en ristre, buscando el cuello de su adversario, con las peores intenciones del mundo. Roy giró hacia él, sin perder un instante, con una rapidez de reflejos que sólo podía proporcionarle el entrenamiento en el *tatami*⁽²⁾.

Levantó su pierna derecha, veloz, y su pie golpeó la mano armada de Hoaggy, en golpe de media luna, o Mikazuzi-Geri, que diría un experto. La suela del zapato, en el movimiento circular, golpeó la mano armada con fuerza insólita.

Una vez lo tuvo sin arma, Casper se limitó a conectarle un seco directo con el puño cerrado, hacia un, *atemi* o punto vital. El elegido, dada la situación de ambos luchadores, fue la base de la

nariz, sobre el labio superior. Y procuró no dar demasiado fuerte, porque el golpe podía ser mortal.

Apenas fue golpeado Hoaggy Murphy, puso sus redondos y saltones ojos en blanco, boqueó, mientras por su nariz brotaba sangre, y se desplomó en seco, sin un gemido. Estaba inconsciente, pero ignoraba que su adversario le había perdonado la vida, ya que el punto elegido para golpear era mortal de necesidad, si el karateka así lo deseaba.

Ver todo eso, en cosa de segundos, el tercer luchador, y ponerse su piel de color café con leche de un tono notablemente más claro, como si hubieran rebajado el tono de café, fue todo uno. Y sin esperar a experimentar en su propio cuerpo las habilidades de budoka de su enemigo, abandonó a sus dos compinches en el asfalto, y echó a correr como un desesperado.

Algunos curiosos del Bowery, que habían presenciado la fulgurante lucha, se limitaron a bostezar aburridamente, o elogiaron con una mueca el hecho de que alguien le hubiera hecho, al fin, morder el polvo a un tipo tan poco apreciado como Hoaggy Murphy.

Casper se metió en el taxi, tras recoger la navaja automática del suele y el taxista, sin esperar a más, se alejó de allí, sin que la expresión aturdida se hubiese borrado totalmente de su cara. Miró al viajero por el retrovisor, con aire de ad curación.

—Amigo, vaya modo de pelear —ponderó—. ¿Es usted «cinturón negro»?

—Cielos, no —rió Casper—. Sólo soy un novato en estas cosas.

—Pues cómo serán los expertos... —silbó el taxista—. Yo creí que eso sólo se podía hacer en el cine.

Roy sonrió, volviendo la mirada hacia la desconocida. También ella le contempló admirativamente, pero en silencio.

—Bien, ¿se siente mejor? —preguntó Roy.

—Si —suspiró ella—. ¿Cómo supo usted...?

—No sabía nada. Ni lo sé aún. Pero intuí que estaba en apuros.

—Eso es bien cierto —musitó, con gesto de amargura—. No sé cómo agradecerle...

—Pues no lo haga —sonrió Casper, de buen humor, volviendo la vista atrás, a las luces del Bowery, que se han alejando—. ¿Vamos a alguna parte? ¿Su casa, la de algún amigo o familiar...? Usted dirá, señorita.

—No... no sé adónde ir... —susurró ella, estremeciéndose.

Casper la estudió en silencio. Ya había notado antes, mientras la llevaba colgada de la mano, que la joven temblaba con frecuencia, como si tuviera miedo a todo, o estuviese bajo un fuerte estado de excitación. Observó el brillo de sus pupilas claras y limpias.

— ¿Está sola en la ciudad? —indagó.

Ella afirmó con la cabeza. Casper se mordió el labio inferior.

—Entiendo —admitió—. Puedo conducirla a un hotel, si quiere. Se alojará en alguna parte, imagino

—No —le miró, angustiada—. Hoteles, no.

Roy empezó a entender también. Recordó su terror hacia los policías. Temía ser descubierta, identificada. La cosa se ponía difícil.

—Sólo puedo ofrecerle mi casa —suspiró—. Es un apartamento pequeño, sucio y desaseado. Soy solo, vivo solo. Si quiere venir... Pero no piense mal. Hay un *living* y una habitación. Puede dormir en mi cama. Yo lo haré en un sofá...

—Sí, está bien —aceptó ella, al parecer esperanzada—. Acepto. Gracias. Me iré en cuanto amanezca.

—Eso, no tardará mucho en ocurrir —dijo Casper, mirando su reloj. Luego se inclinó hacia el taxista—. Calle Once, cerca de Sheridan Square, amigo. En Greenwich Village.

—Está bien —asintió el taxista. Le miró, haciendo un guiño irónico—: No hay como ser fuerte, ¿eh?

La intención de sus palabras estaba clara. Para él, aquello era una conquista en toda la extensión de la palabra. No valía la pena replicar. Optó por callar, volviendo su atención a la joven, mientras el taxi enfilaba ya recto hacia Waverly y Greenwich Avenue.

— ¿Se fía de mí? —preguntó.

—Sí —ella le miró, inexpresiva—. ¿Por qué no iba a hacerlo? Me ha sacado de un buen apuro. Usted tiene aspecto de ser un buen chico.

—Eso, a veces, no resulta demasiado halagador.

—Pues lo es. Por ello me fío de usted. Sé que no querrá sacar provecho de la situación.

—Mi nombre es Casper. Roy Casper —se presentó—

¿Y el suyo?

—V... Vicky. Vicky Scott.

Roy se dio cuenta de la vacilación. Y de que el nombre era tan auténtico como si hubiera dicho que se llamaba Greta Garbo. Pero no comentó nada. En vez de ello, sonrió, poniendo una mano sobre el brazo de la joven.

—Bien, Vicky. Dentro de unos momentos, estará en un sitio donde nadie va a meterse con usted. Podrá descansar tranquila, e incluso comer algo, si tiene apetito. Pero no mucho, la verdad. Mi frigorífico está bastante vacío

—Me bastará con tener un techo para esta noche —sonrió ella a su vez, animosa—. No tengo el menor apetito, créame...

CAPITULO IV

Para no tener apetito, había comido bastante bien.

Roy Casper la contempló mientras apuraba el vaso de leche, tras dejar en la mesa las migajas del segundo emparedado de queso y pollo que pudo rebañar de los residuos comestibles de su frigorífico.

El apuraba lentamente su *bourbon* con hielo, mientras allá, tras los sucios y hacinados edificios del Village, empezaba a clarearse un poco el cielo. La muchacha parecía tener de todo menos sueño: apetito, cansancio, relajamiento, algo de sosiego...

La pequeña radio, en un estante, emitía músicaailable, muy baja. Sonaba como un fondo suave, que no molestaba. La joven alzó sus ojos claros. Los fijó en él.

— ¿Usted no come nada? —preguntó.

—No. No tengo apetito. Cené mucho, esta noche. Más de lo habitual.

—Su casa no está tan sucia como decía —comentó, mirando en torno—. Si acaso, un poco descuidada, eso es todo.

—Ocurre siempre que un hombre vive solo —comentó Casper, encogiéndose de hombros y ofreciéndole—: ¿Más leche? ¿Algo más de pan con lo que encontremos?

—No, gracias —negó ella—. Ya he comido bastante. Ahora me siento mucho mejor.

—Entonces, vaya a dormir —señaló la puerta del cuarto vecino—. Tiene pestillo. Puede cerrarse por dentro, si está más segura.

—No hará falta—suspiró la joven— Ya le dije que confío en usted.

Roy evitó mirar hacia la pierna de la joven. El roto de la falda

permitía ver hasta su muslo bien formado.

Y eso siempre era una tentación, incluso para un hombre ahído de ver carne en la desnudez de la rubia Francia.

—Gracias —dijo el joven, alzando su vaso de *bourbon*—. Entonces, buenas noches. O buenos días. Ya va a amanecer. Es domingo. ¿A qué hora quiere levantarse?

—Lo mismo da —se encogió de hombros—. No tengo prisa para ir a ninguna parte. Mientras no le moleste.

—No me molesta —aseguró Roy.

Ella echó una ojeada a los folios sobre la mesa, junto a la máquina. Los hojeó, fijándose en el título luego.

—«Los *crímenes del acuario*» —leyó. Alzó los ojos hacia él—, ¿Escritor?

—Algo parecido —rió él—. De alguna forma tienen que llamarnos a los que escribimos eso.

— ¿Por qué no me pregunta cosas? ¿Por qué no quiere saber quién soy yo?

—Ya me lo dijo: Vicky Scott.

—Podría ser mentira. Además, un nombre no significa nada.

—Está aquí. Y necesitaba ayuda. Eso es lo que cuenta.

—Es demasiado confiado. Me ha metido en su casa. Soy una desconocida para usted. Incluso podría ser una mujer peligrosa.

—No lo parece. Además, nadie tiene motivo para causarme daño. No tengo dinero ni objetos de valor.

—De todos modos, es muy confiado y generoso.

Y nada curioso, por otro lado. Estoy segura de que se fijó en que tenía tanto miedo a aquel horrible negro, como a la policía.

—Claro que me fijé —suspiró Casper.

—Y aun así, intervino en mi ayuda, ¿Por qué?

—No lo sé. Son cosas que se hacen. Decisiones imprevistas.

—Yo podría ser una delincuente, una prostituta rebelde, una ladrona...

—Pero estaba en apuros. Me pareció muy desvalida, entonces. Por eso intervine.

—Roy, yo... —se puso en pie, sin dejar de mirarle. De repente, un brillo extraño asomaba a sus ojos. Avanzó unos pasos—, Roy, no soy nada de eso, pero... pero estoy enferma...

— ¿Enferma? —Roy enarcó las cejas, alarmado—.

¿Qué le ocurre? ¿Puedo ayudarla?

—Sí..., puede hacerlo —musitó, cada vez más próxima—. Puede hacerlo. Mejor que nadie, Roy. Le necesito. Le necesito ahora, de un modo imperioso...

Casper empezaba a sorprenderse. Ella se había sentado, bruscamente, sobre sus piernas. Lo hizo abriendo sus propias piernas, como cabalgando, de modo que cada muslo colgaba a un lado de los suyos.

Casper casi dio un respingo.

—Vicky, ¿qué hace? —preguntó, incómodo.

Ella se había acomodado de tal forma, que él notó contra sus mejillas la turgencia tibia de sus formas.

—Le necesito... —jadeó—. *Te necesito*, Roy... ¿No comprendes?

Inclinó el rostro sobre él, besándole casi salvajemente los labios. Fue un ataque doloroso, pero inevitablemente turbador y electrizante.

Simultáneamente, las manos de ella se engarfiaban en su espalda y en su nuca.

—Vicky, espera. —trató de decir—. No debemos...

Jamás mujer alguna fue tan ardiente ni tan apasionada como aquella desconocida, poco antes tímida y medrosa. Casper estaba realmente desconcertado.

Entonces, vagamente, le llegó la voz del locutor, muy lejana en la radio puesta a bajo volumen. Ya no sonaba música ligera, sino una voz, un boletín de noticias, que confusamente le trajo fragmentos de su mensaje:

«...Su nombre es Velda Vincent... Rubia, cabellos color miel. Ojos azules... Unos veintidós años Peligrosa... Evadida del centro médico... Neurótica... Ninfómana agresiva, peligrosa... Acusada también... asesinato de un hombre llamado Jason Mitchel... esta misma noche... Vista en el Bowery... Agredió a un hombre negro... con una botella de cerveza... Avisen inmediatamente... Muy peligrosa...»

Las palabras rebotaron dentro del cráneo de Roy, como ecos absurdos y estremecedores, como golpes dolorosos en su cavidad craneal:

Peligrosa...

Evadida...

Neurótica...

Ninfómana...

Asesinato...

NINFOMANA...

ASESINATO...

¡NINFOMANA...!

Eso era. Ninfomanía...

Ahora, todo tenía sentido. Aquella repentina locura, aquella avidez, aquella lascivia súbita...

Eludió aquello, como pudo.

— ¡No! —rugió, violento.

Se incorporó, derribando a la muchacha; Ella cayó de espaldas en la raída moqueta, insatisfecha y colérica. Trató de incorporarse y se aferró a las piernas de Roy.

—Roy, mi amor, te lo ruego... —susurró ella.

Casper la lanzó de nuevo atrás con violencia. Luego se quedó mirándola, con ojos centelleantes, totalmente tenso y alerta. La radio, allá al fondo, seguía emitiendo la última parte del boletín informativo:

«...Insistimos. Si alguien ha visto a la joven de la descripción, que responde al nombre de Velda Vincent, deberá informar inmediatamente a la policía. Recuerden que, además de ser una ninfómana peligrosa, evadida de un centro psiquiátrico, es también culpable de un asesinato en la persona de Jason Mitchell, un honrado ciudadano...»

—Velda Vincent, levántate —ordenó con aspereza—. Se ha terminado la ficción. Ahora sé quién eres..., y lo que eres.

La joven la miró, sobrecogida, como si todo aquello le viniera de nuevas. Exhaló un gemido ronco, se cubrió de pronto, pudorosa, y enrojeciendo intensamente, ocultó su rostro al joven escritor.

Dios mío... Dios mío... —sollozó, sacudida por violentos espasmos—, ¿Qué ha ocurrido? ¿Otra vez? ¿Otra vez lo mismo? No es posible... No es posible.

Roy miró el teléfono, pensativo. Urgía descolgarlo y llamar a la policía. Se había metido en un buen lío. Y toda la culpa era suya. Era un maldito imbécil, se dijo. No volvería a meterse en camisas de once varas nunca más. El papel de caballero andante no le iba.

—Lo siento —dijo roncamente—. Lo siento mucho..., pero debo

llamar. Esto se ha acabado, Velda. Debiste decirme la verdad. Aunque supongo que éste es tu juego, ¿verdad?

—No, no —se abrochaba rápidamente la blusa, cubría como podía sus piernas, y los ojos que alzó hacia Roy, aparecían anegados en llanto—. No es como imaginas Esto no tiene sentido. Yo nunca..., nunca fui así... Es todo una mentira. Una gran mentira...

—Imagino lo que vas a contarme —suspiró Casper duramente—. Pero no sirve. Ya no. Ahora es fácil entenderlo todo. La policía, el proxeneta... Conque no te basta con ser una ninfómana y escapar de un centro psiquiátrico. Además, tuviste que matar a un hombre A Jasan Mitchell.

—Jasan Mitchell... —susurró ella con angustia—. Sí. ahora recuerdo. Era él... El hombre gordo, fofo..., y desnudo. Dios mío, qué horror...

—También saltaste sobre él como una fiera, le convenciste..., y ahora está muerto —dijo Roy con sarcasmo—, Pudiste haber añadido uno más a tú lista. Un imbécil capaz de creerte: yo.

—No, Roy. Te juro que no es cómo crees. Yo... yo nunca he sido... lo que dicen.

— ¿Ah, no? —rió con sarcasmo el joven escritor—. ¿Qué eres, entonces? ¿Un ángel de pureza? No lo parecías, hace un momento. Y eso que apenas si me conoces.

—Es... es vergonzoso. O lo sería, si no fuese peor que eso... —su voz sonaba rota, desesperada casi— Pero ¿quién podría creerme? ¿Quién...?

Siguió sollozando, pronunciando palabras incoherentes entre sus labios apretados. Roy fue hacia el teléfono. Un momento después lo descolgaría para llamar a la policía. Sabía que iba a verse en un buen jaleo, pero pensaba que ya había llegado demasiado tarde. No podía correr más riesgos, con una mujer tan peligrosa.

Apoyó su mano en el teléfono. En ese momento sonó la voz de Velda, muy apagada, suplicante:

—Por favor... Sólo cinco minutos, Roy. Déjame hablar. Luego, llama a la policía. Pero concédeme esos cinco minutos.

Meditó. De todos modos, la cosa ya estaba bastante liada ahora. No la empeorarían mucho más esos cinco minutos. Era tal el tono de ella, tan patética su expresión que, aun a riesgo de caer en la trampa hábil de una astuta anormal, cedió:

—Bien —dijo, apartando la mano del teléfono—. Tienes esos cinco minutos, ¿Esperas convencerme en tan poco tiempo?

—No —negó ella—. No espero convencerte. Sólo que lo comprendas. Y que cuando me lleven de aquí, te quede al menos una duda razonable sobre mi persona. Eso me bastará.

—Adelante —invitó—. Son las cinco y veinte minutos. Te doy hasta las cinco y media. Es más de lo que me has pedido. Habla, Velda.

—No va a ser fácil. Es una larga historia. Pero no hará falta que te la narre toda. No conduciría a nada, porque no vas a creer una sola palabra de ella.

—Entonces, ¿para qué deseas hablarme de todo eso?

—Lo necesito, Roy. Necesito hablar con alguien. O me volveré realmente loca.

—Yo no he dicho que estés loca. Sólo sé lo que dijo la radio: que huiste de un centro médico, que eres ninfómana... y asesina.

—Sólo una parte es cierta: he huido del centro psiquiátrico Arcaria. Pero no he sido nunca una ninfómana. Y no soy una asesina.

—Hace un momento, te mostraste como tal. Y los boletines de la radio dicen que mataste a un hombre.

—Nunca lo fui hasta estar internada allí. No sé lo que me hicieron..., pero me convirtieron en lo que soy ahora: lo que has visto, Roy. Me siento absolutamente normal, hasta que, de súbito, una atracción poderosa, terrible, me atrae hacia los hombres, me hace sentir un deseo irrefrenable de entregarme a cualquiera... Es como una fiebre, como una locura momentánea e inexplicable..., pero que yo jamás sentí, antes de ser tratada por el doctor Ambler.

— ¿El doctor Ambler?

—Gary Ambler, si. El director de Arcadia.

—Pero ¿por qué ingresaste en esa clínica psiquiátrica? Nadie es internado en una de ellas, sin una razón convincente. ¿Fue... fue esa misma *enfermedad* tuya, la... la fiebre sexual que *Le* ataca de vez en cuando la qué...?

— ¡No, Roy, no! —gimió ella, exasperada—. No es eso. Ya te dije que nunca, antes de ahora, me sucedió nada parecido...

—Entonces, ¿por qué te internaron en la clínica Arcadia?

— ¿Es que no lo entiendes? Todo forma parte de una

conspiración.

— ¿Una conspiración? —el tono de Roy Casper se había vuelto sorprendentemente escéptico.

—Sí, si... —ella, angustiada, notaba que sus palabras no eran creídas lo más mínimo—. Sé que cuesta creerlo, que todos los enfermos mentales dicen lo mismo... Pero yo no soy una enferma mental. ¡Te estoy diciendo la verdad, Roy! Te juro que me internaron allí para deshacerse de mí, que se inventaron una falsa dolencia que me hacía anormal, y los médicos lo creyeron, sometiéndome a observación. Luego, no sé cómo, durante el periodo de observación, empezaron a ocurrir cosas...

— ¿Qué cosas?

—Agredí a un enfermero, tratando de seducirle. Luego fue a un médico... Te doy mi palabra de que fueron cosas sin sentido. Como hace un momento, contigo. No sé lo que me pasó. Ya no era yo. Actuaba contra mi voluntad, sin saber lo que hacía..., y así sigue ocurriendo. Eso dificultó las cosas, pareció darles la prueba que buscaban. Y me declararon enferma mental, una peligrosa ninfómana, capaz de agredir físicamente a los hombres... Me metieron en un horrible pabellón, con otras pobres mujeres, en igual situación que yo. Era espantoso verlas mirar a los hombres ferozmente, a través de mirillas o rejas, contemplar sus éxtasis, ver, cuando sufrían las crisis y no podían desahogarse... Dios mío, ye no era como ellas. Yo sabía dónde estaba. Las compadecía y las temía, las miraba con horror... Luego, de vez en cuando, yo misma sentía lo que ellas, gritaba... para caer luego exhausta y golpearme a mí misma por mi absurdo comportamiento de momentos antes...

—Velda, y todo eso..., ¿a qué se debe? ¿Quién te internó en el establecimiento del doctor Ambler?

—Mi... mi familia... —susurró Velda Vincent.

— ¿Tu familia? —pestañeó Roy, incrédulo.

—Sí, Roy. Mis tíos, mi prima... Ellos fueron.

—Pero ¿por qué?

— ¿Es que no lo entiendes? —sonrió amargamente—. Busca en el «Quién es quién». Los Vincent son alguien. Una familia rica. Muy rica. Elmer Vincent fue el creador de un gran imperio comercial. Poseía millones. Y Elmer Vincent era mi padre. Yo soy su legítima heredera. Todo es mío, puesto que no dejó testamento al morir.

¿Vas dándote cuenta ahora?

—Y si la ley te declara a ti enferma mental peligrosa, y eres recluida por vida...

—Todo pasará a ser de mi prima Addy, de mis tíos Lou y Marsha... Esa es la situación, Roy.

— ¿Quiénes firmaron la solicitud de internamiento en el centro Arcadia?

—Mis tíos. Lou lo llevó todo, pero Marsha es quien le influye y dirige. Mi tía es la más fría y cerebral de todos. En cuanto a Addy... No sé. Mi prima sé que se negó a firmar esa solicitud. No quería que me internaran. Es la mejor de la familia. Pero han debido obligarla a seguir su juego, bajo amenaza de dejarla sin un centavo. Ahora, se reparten mi herencia entre los tres.

Hubo un profundo silencio. Roy Casper meneó la cabeza, perplejo. Si no hubiera sido porque él mismo tenía la experiencia propia con aquella criatura que tan desvalida se mostrada en estos momentos, hubiese jurado que ella decía la verdad, que era víctima de un complot incalificable.

Pero aún le dolían los labios del feroz acoso de la muchacha, y la historia era demasiado habitual en los locos como para admitirla fácilmente. Ella parecía darse exacta cuenta de lo que pasaba por su mente. Le miraba con tristeza, como si no esperase absolutamente nada de él.

—Supongamos que admito todo eso, Velda. Que creo tus palabras. Aun así, quedarían demasiadas cosas sin encajar —dijo Casper con frialdad—. Por ejemplo: tu evasión del centro sanitario, el asesinato de ese tal Jason Mitchell...

Ella parpadeó. Bajó la cabeza, desolada. Su voz le llegó en un murmullo:

—Fue una casualidad. Tuve mucha suerte. Un descuido de una enfermera del pabellón de ninfómanas.... y pude evadirme de allí, golpeando a otra enfermera, cuando me sorprendió saliendo del recinto. El doctor Ambler no estaba en esos momentos, y el doctor Cosby, su ayudante, debió hacerse un lío, y tardaron en perseguirme. Cuando quisieron darme caza, yo estaba ya muy lejos de allí, escondida en un camión de verduras y frutas que venía hacia la ciudad.

— ¿Y el asesinato?

—Oh, eso... —retorció sus manos, estrujándose los dedos—. Ni siquiera yo puedo saber lo que realmente ocurrió. Cuando desperté de una profunda inconsciencia, él ya estaba muerto, degollado en su *living*... Desnudo. Y yo también. Pero le habían cortado el cuello con un cuchillo de cocina, a poca distancia mía. Llegó la policía... Alguien debió avisarles. El asesino, sin duda, para que me cogieran en aquel lugar. No puede ser de otro modo... Sabían que yo estuve en el apartamento. Y eso no era posible, a menos que les hubiesen informado,

—Me has hablado de *después* del crimen —le recordó él con sequedad—, Pero no de *antes* de producirse. ¿Cómo llegaste a su casa, quién era el tal Mitchell? ¿Cómo te desvaneciste, y qué ocurrió hasta ese momento? Son muchas preguntas sin respuesta, ¿no te parece?

—Roy, todo puedo explicarlo... Al menos, todo lo que recuerdo. Está tan confuso en ese momento para mí... Debió hacerme daño la copa de licor que él me dio. Hacía mucho que no tomaba alcohol, desde que me internaron.

—Empieza por el principio, ¿quieres?

—Sí, sí. —hizo un esfuerzo por recordar—. Yo no le buscaba a él. Ese hombre gordo, fofo y horrible, que te desnudaba con la mirada... Me daba asco. Siempre me lo había dado. Era su esposa...

— ¿Su esposa? —ahora fue Roy quien pestañeó, sorprendido—. ¿La conoces?

—Era mi amiga. Mi mejor y única amiga: la señora Mitchell. Elaine Al huir, fui en su busca en demanda de ayuda. No estaba en casa. Me iba ya, cuando alguien me aferró de un brazo. Era él, su marido. Nunca me había sido simpático, aunque apenas si le conocía. Me trató amablemente, pero no me dejó marchar. Luego, cuando insistí, se puso duro. Me confesó que había oído el boletín, anunciando mi fuga, y me devolvería a los médicos o a la policía, si no subía a su piso con él, a esperar a Elaine. Yo le seguí. No podía hacer otra cosa, aunque temía lo peor.

Se detuvo, apretando los labios. Estaba pálida, inquieta. Temblaban sus manos y las comisuras de su boca. Roy, implacable, la forzó:

—Sigue, Velda.

—Apenas estuvimos arriba y me hubo servido esa copa, me dijo

que Elaine no vendría esa noche. Yo traté de marcharme. El se echó a reír, me miró de un modo sucio, e incluso me manoseó obscenamente, cuando traté de escapar de sus manos. Entonces... quise golpearle, gritar. Era preferible incluso el sanatorio de nuevo, a soportar aquella bestia inmundada. Entonces noté que todo me daba vueltas..., y me desplomé sin sentido. No recuerdo más hasta que desperté, totalmente desnuda, lo mismo que él, ambos sobre la moqueta. Y él estaba muerto.

—Y luego la policía. Y sabían que tú estabas dentro...

—Sí, eso es —le miró, patética—. No crees una palabra, ¿verdad?

—Nadie la creería, Velda, y tú lo sabes. Es todo demasiado absurdo, demasiado fantástico. Parece como si Mitchell te hubiera drogado con la copa, confiando en que si tú te resistías a ser ultrajada, te tendría en su poder de todos modos. Y que luego, alguien entró..., y le mató. Su mujer, quizá. Avisó a la policía, para librarse de acusaciones, y esperó acontecimientos. Eso tendría cierta lógica, pero ¿cómo lo probarías ante un tribunal, Velda?

—Ahora no se trata de probar nada a un juez, sino a ti, Roy.

— ¿Tanto importo yo o mi opinión?

—Sí, Roy. Me importas mucho. Necesito a alguien que confíe en mí. Que me crea, que cuando menos, me conceda el beneficio de la duda... Me siento tan sola, tan desesperada, tan hundida...

Casper la miró silenciosamente. Dio unos pasos por la estancia. De repente, se detuvo junto a su mesa de trabajo. Se inclinó a recoger unos objetos caídos en la alfombra.

El bolso de Velda se había caído, durante el forcejeo de la crisis, y estaba abierto, habiéndose desparramado algunas cosas. Las recogió. Unos pocos dólares, una llave, unos pequeños sobres con unas diminutas tabletas dentro, y un pequeño bolsito con objetos de aseo personal femenino. También había una placa de plástico verde, con unas letras doradas:

«CENTRO MÉDICO ARCADIA

VELDA VINCENT

452 B»

—Es... es mi placa —susurró ella—. Iba cosida a mi uniforme del

centro. Cuando me deshice de ese uniforme, y robé las ropas que llevo..., guardé la placa como un mal recuerdo.

— ¿Y esta llave, estos sobres, este bolsito de aseo...?

—Lo robé. Los sobres tienen un medicamento. Dicen los médicos de ese horrible lugar que es para reducir al mínimo las crisis. La llave... es mi única evidencia.

— ¿Evidencia? —enarcó las cejas Roy, volviéndose lentamente hacia ella, con la llave, plana y plateada, en sus dedos—. ¿De qué?

—Temía lo que iba a sucederme. Guardé una confesión y un número de cuenta bancaria, que sólo yo conozco en un sobre depositado en una caja de alquiler público. Esa es la llave. Mírala. Tiene el número 312, ¿no es cierto?

—Sí —asintió él—. ¿De qué lugar es?

—Tal vez te lo diga alguna vez —suspiró ella—. Si vas a devolverme, no vale la pena hablar de todo eso. Tampoco creerías lo que escribí entonces, antes de ser internada. Allí acuso a mi familia, reúno las pruebas, las evidencias que hallé, de su culpa en este complot.

— ¿Por qué no las llevaste a la policía?

—Creí más seguro tenerlas a salvo. Ahora, nadie las aceptaría, quizá. Nadie cree a un loco. Menos aún, a una ninfómana acusada de asesinato, Roy.

— ¿Y esas pruebas... involucrarían realmente a tu familia? —dudó Casper.

—No lo sé. Ellos tienen dinero, son influyentes..., y saben que hay algo que les acusa. No cejarán en su búsqueda, te lo aseguro. Y pueden sobornar incluso a un policía, si le entrego esa llave y le digo dónde hallar el sobre.

—Entiendo —con aire escéptico, Casper reintegró las cosas al bolso. Ella no se dio cuenta de que, con hábil y rápida manipulación, el joven escritor cambiaba la llave por una suya, similar, de una consigna urbana, que tenía entre los paneles de su mesa, y guardaba la de Velda en el bolsillo. Tras ello, cerró el bolso de la joven calmadamente, y lo puso sobre la mesa. Ella le miraba larga, tristemente. El pesimismo asomaba a su rostro.

—No crees una sola palabra, ¿no es cierto? —señaló el teléfono—. Llama, por favor. Acabemos cuanto antes.

Roy Casper apoyó su mano sobre el teléfono Parecía que iba a

descolgarlo.

Ella, pálida pero serena, esperaba, con la mirada fija en él. Ya no parecía temer nada. Sencillamente, esperaba —Esta bien —dijo bruscamente Roy, apartando la mano del teléfono—. Te creo, Velda. Voy a intentar ayudarte. No me digas nada. Sé que soy un imbécil o un loco, pero no puedo evitarlo. Creo en tu historia, ¡maldita sea!

CAPITULO V

Abrió los ojos.

Se preguntó si lo había soñado. Luego, descubrió los zapatos de mujer sobre la alfombra. Alzó la cabeza.

No, no era un sueño.

Velda Vincent estaba allí, mirándole. Sonreía. Se estaba abotonando la blusa sobre sus desnudos pechos de adolescente. No se había puesto aún la falda. Pudo admirar la belleza de sus largos muslos. Pero ahora no había nada agresivo ni procaz en el gesto o el movimiento de ella.

Volvía a ser la muchacha dulce y casi ingenua que imaginara inicialmente. Su modo de vestirse era simplemente desenfadado, como sin dar importancia a sus formas de mujer adorable.

—Es tarde, Roy —dijo, risueña—. Y no tenemos nada para comer.

—Diablo... —Casper se frotó el mentón, notando la aspereza de la barba. Luego miró a la persiana entrecerrada. El sol penetraba ya en la habitación con fuerza—. ¿Hemos dormido mucho?

—No demasiado. Era ya de día cuando me rogaste que me acostara en tu cama y tratase de descansar, antes de proyectar hoy lo que harías para ayudarme ... —los claros ojos mostraron una cierta inquieta turbación—. No... no habrás cambiado de modo de pensar, ¿verdad, Roy?

—Diablos, no —negó el joven, incorporándose del sofá y tirando a un lado la manta—. Sólo que me preguntaba si era todo un sueño..., y veo que no. Es domingo. Está todo cerrado, excepto la *pizzería* de la esquina. Es un buen amigo. Espera un momento aquí,

y subiré unas cuantas cosas para comer. E incluso una botella de vino. ¿Te gusta?

—Ya te dije que me sienta mal el alcohol ahora, desde que me internaron... —le mostró un vaso con agua y uno de los sobrecitos—. Tal vez el medicamento sea incompatible con las bebidas alcohólicas.

—Entonces, espera un poco —la detuvo él, quitándole el sobrecito de la mano—. No tomes aún tu medicina.

Y beberemos ese buen vino con la comida, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, pero ¿y si vuelve mi crisis y...?

—No temas —sonrió Casper—. Si vuelve esa crisis, te daré un buen golpe y te llevaré a dormir de nuevo a la cama. Pero solita, ¿eh? Me gustas mucho, Velda. Sin embargo, no quiero morir devorado por una mujer.

—Oh, Roy, no digas esas cosas... —gimió ella, dolida.

—Es broma —rió el escritor, guardando mecánicamente el sobre de medicamento en su bolsillo—. Ya te dije que creo tu historia. Confía en mí.

—Clare que confío —suspiró ella, nuevamente animosa—. Pero es evidente que *sí* sufro accesos de ninfomanía, aunque no tengan explicación.

—Lo aclararemos, estoy seguro —dijo Roy, entrando en el cuarto de aseo—. Estaré listo en un momento.

Y bajaré por esas *pizzas* y el vino. Eso agotará definitivamente mis fondos, pero mañana tengo que cobrar de mi editor.

—Puedes tomar dinero de mi cuenta —suspiró Velda—. Te puedo indicar el número de cuenta y la clave. Te bastará presentar un talón que yo te facilite, y te pagarán lo que necesites. Miles de dólares, si los precisas para ayudarme.

—¿Miles? —Roy silbó entre dientes—. No, gracias. De verdad que no necesitaré nada. ¿No sabe tu familia que tienes esa cuenta?

—Ya te dije que no. Está el talonario con la tarjeta de la clave, en el sobre guardado. Yo podría aventurarme a ir por ello..., o decirte a ti dónde encontrarlo, Roy.

—Si me dices eso, alguna vez, será para obtener las pruebas contra tu familia, no para sacar tu dinero —dijo Casper, con gesto resuelto.

Momentos más tarde, ya afeitado y aseado, descendió a la calle

para buscar la comida ofrecida. Antes de ausentarse, avisó a Velda:

—No abras a nadie. No te fíes de nada, aunque la vecindad no te molestará en absoluto. Podría habernos seguido alguien anoche, aunque imagino que, de ser así, a estas horas estarían ya aquí los policías y los médicos a recuperarte.

—Descuida —sonrió ella—. Aquí esperaré, Roy.

Casper tardó poco más de media hora en regresar con las *pizzas* y la botella de vino. El dinero había llegado tan justo, que sólo tenía un dólar en el bolsillo. Lo preciso para ir el lunes a su editor.

Llegó ante la puerta del apartamento, y extrajo la llave para abrir. Para ello, tuvo que dejar en el suelo del rellano las *pizzas* recién salidas del horno y la botella de vino. Luego, una vez introducida la llave en la cerradura, la hizo girar, abrió y se inclinó a recoger las viandas, entrando triunfalmente en el pequeño y desordenado apartamento, con una alegre exclamación:

— ¡Ya estoy de vuelta Velda! Va a ser un succulento banquete, seguro. Y...

Fue todo lo que pudo decir.

Porque, inmediatamente, el techo pareció estallar, desplomándose sobre su cráneo, cuando aún no había alzado la cabeza del todo, y lanzándole contra un suelo que también pareció venir a su encuentro, abriéndose en una repentina sima oscura y profunda, donde se hundió sin remedio.

Antes de ello, le pareció captar, como muy lejano, un grito de terror femenino. El grito de Velda Vincent...

Después, se borró todo. No hubo más que oscuridad.

* * *

Este era otro despertar.

Muy diferente al anterior. Con mucho mayor aturdimiento. Y con bastante más dolor. Especialmente, en su cabeza. Parecía que le iba a estallar.

Se agitó en el suelo, y exhaló un gemido. Era como tener una aguja clavada en el occipital. A cada movimiento, la imaginaria aguja parecía penetrar un poco más adentro, perforándole la masa encefálica.

Se quedó quieto unos momentos, con los ojos cerrados, notando

que las cosas debían dar vueltas en torno suyo. Y que se marearía y vomitaría, en cuanto alzase los párpados.

Pero luego, recordó el grito de Velda. Y la forma en que cayera fulminado, al recibir, sin duda alguna, un fuerte impacto en el cráneo, dado con algo contundente.

El timbre de alarma sonó, estruendoso, en su cerebro. Se incorporó casi de un salto, aunque eso le costó una arcada violenta, y tuvo que apoyarse en la pared, notando el alocado bailoteo de las cosas a su alrededor. Pero esa especie de insoportable tiovivo, acabó por calmarse, y al fin pudo dar unos pasos con relativa seguridad, aunque le parecía estar pisando nubes de algodón.

Estaba dentro de su apartamento. La puerta aparecía cerrada. Las *pizzas*, caídas sobre la alfombra. La botella de vino, lastimosamente rota, y con su precioso contenido manchando el suelo ampliamente.

Maldijo entre dientes. Hasta los folios de su novela aparecían dispersos por doquier, como hojas otoñales arrancadas de los árboles. Una silla y un cenicero aparecían volcados. Era el pesado cenicero de su mesa.

El cenicero.

Lo miró casi con odio. Tenía sangre y cabellos adheridos en un extremo. Se tocó la nuca, y casi aulló de dolor. Retiró los dedos húmedos de algo viscoso y oscuro. Le habían golpeado con el maldito cenicero. Había tenido suerte de sufrir sólo esta herida. Podían haberle matado.

Deambuló como sonámbulo por todo el apartamento. De Velda, ni rastro. Ni siquiera su bolso estaba allí. Se dejó caer en un asiento, vacilante. Trató de reflexionar, pese a los intolerables dolores de cabeza que ello le provocó.

— ¿Qué puede haber sucedido, en mi ausencia? —musitó—, Sólo estuve treinta y cinco minutos fuera. Nadie pudo vernos llegar anoche. Nadie sospecharía que yo tenía en casa a Velda. Incluso el taxista nos dejó a dos manzanas de aquí, y no pueden haber encontrado fácilmente su paradero, aun denunciando él los hechos. Costaría horas enteras revisar piso por piso, en busca de ella... ¿Cómo la localizaron, quién se la llevó de aquí, después de herirme a mí, cuando regresaba?

Todas esas preguntas que se hacía Roy a si mismo carecían de

respuesta, en estos momentos. Lo cierto es que Velda había desaparecido. Y que alguien era responsable de ello. Alguien que le había dejado sin sentido cuando le oyó volver, pegándole con un pesado cenicero de mármol en la cabeza, sin ningún miramiento.

La radio, absurdamente, seguía sonando en un rincón. Irritado, Casper se metió en el baño, limpiándose la herida y dándose una ducha fría para recuperarse totalmente. Luego, se cambió de ropa y contempló, malhumorado, las manchas de sangre en su chaqueta y camisa anteriores.

—El que hizo eso lo pagará —maldijo entre dientes.

Regresó al saloncito. Ya no sentía apetito alguno, pero se hubiera bebido la botella de vino entera, si hubiese estado intacta. Por desgracia, tuvo que conformarse con un trago de leche fría por todo alimento. Luego, tragó algo de whisky, y se sintió mejor.

Reunió los folios dispersos, y los cosió, dejando todo a punto para el día siguiente. Debía ir pensando en olvidar a Velda Vincent y su extraña historia, para concentrarse de modo casi exclusivo en sí mismo y en sus cosas. Aquello había sido solamente una maldita pesadilla, que quedaba atrás, y de la que había despertado de modo harto desagradable.

Pero no podía dejar de pensar en Velda. Si su historia era cierta, ¿qué sería de ella, en estos momentos? ¿Era la policía la que la capturó? ¿O quizá los médicos del sanatorio Arcadia?

Raro modo de obrar, en cualquiera de ellos, golpearle a él con un cenicero, con el riesgo de matarle...

Encajó las mandíbulas. ¿Por qué no probar en ese sentido?

Tomó la guía telefónica. Buscó en la letra V, hasta hallar una larga lista de Vincent. La radio detuvo su programa dominical de bailables. Un locutor informó:

«Según últimas noticias, la mujer ninfómana evadida del sanatorio para enfermos mentales ha logrado ser devuelta al citado centro psiquiátrico, aunque esta vez bajo control policial estricto, puesto que se investiga su participación en el asesinato de Jason Mitchell, cometido anoche. Velda Vincent ya no es, por tanto, un peligro en nuestra ciudad. Hemos informado de la última hora local...»

Casper permaneció rígido, escuchando la información. Su dedo se había apoyado en un nombre, en la lista de igual apellido:

«LOU VINCENT»

Lou era el nombre del tío de Velda, Descolgó y marcó. Esperó, mientras la señal sonaba allá a lo lejos. Finalmente, alguien atendió la llamada.

—Residencia Vincent. ¿Quién llama? —inquirió una voz femenina.

—Deseo hablar con el señor Lou Vincent.

—Lo lamento. El señor Vincent no está. ¿Quién le llama, por favor?

—Me llamo Casper. Roy Casper. Es algo urgente. Se relaciona con su sobrina Velda. ¿No hay nadie de la familia en casa?

—Sí... —la voz vaciló brevemente—. Está la señora Vincent, Pero no sé si podrá...

—Dígale que necesito hablar con ella. Que se relaciona con su sobrina..., y con algo que ella me ha entregado. Sólo eso. Esperaré.

La voz de la sirvienta le rogó que esperase. No fue larga la espera. Momentos después, una fría voz femenina, autoritaria y seca, le interpelaba:

—Soy Marsha Vincent. ¿Quién es usted y qué desea?

Tal vez su frialdad no era tan grande como parecía, pensó Casper. Debía de estar ansiosa por conocer los motivos de aquella llamada a su casa.

—Mi nombre es Casper, señora. Ya sabrá usted que su sobrina Velda ha vuelto a ser recluida, ¿no es cierto?

—Me han informado, naturalmente. ¿A qué viene todo eso, señor Casper?

—A que Velda y yo somos amigos. Ella me entregó algo, que puede interesarle mucho a ustedes.

—¿De qué había? —la voz tomó un tono desdeñoso, cortante—. No sabía que la pobre Velda tuviese amigos fuera del sanatorio.

—Pues los tiene, señora. Y tal vez no le guste saber que poseo las evidencias que pueden demostrar la conspiración para internarla en ese sanatorio, y despojarla así de su herencia.

—Pero ¿qué dice? ¿Es que usted también se ha vuelto loco? Ya veo que mi sobrina Velda le ha embaucado fácilmente. ¿Va a creerse la célebre historia del complot familiar, que todos los

enfermos mentales utilizan para justificarse? Vamos, vamos, señor Casper. No sé quién pueda ser usted, pero sepa que Velda es hija de un hombre que murió de un ataque cerebral, y que últimamente no gozaba de mucho equilibrio psíquico. Velda es muy sensible, y heredó esa tara. Eso es todo.

—De modo que, por lo tanto, no le importará que lleve a la policía lo que ella me entregó —dijo Casper, incisivo—. Me facilitó su llave, y el lugar donde la ocultaba.

—Miente. Esa llave estaba en su poder cuando la policía...

—Mordieron el anzuelo —rió Casper, burlón—. La llave que llevaba era *mía*. Yo tengo la suya ahora. Y sé dónde están las pruebas. Iré por ellas, y las llevaré a la policía. Ha sido un placer, señora Vincent. Buenas tardes...

— ¡Espere! —casi chilló la voz femenina en el auricular—. No cuelgue aún, señor Casper. Me gustaría hablar personalmente con usted, persuadirle de que esas evidencias son simple invención de la pobre Velda. . De todos modos, si esperaba sacar algo de todo ello, le facilitaré una suma razonable, y daremos esto por terminado, ¿de acuerdo? Pero que conste que nada de cuanto ella le dijo es cierto.

—Ya —sonrió duramente Casper—, De todos modos, por algo le interesa tanto esa llave, ¿no, señora? Gracias por su oferta, pero no vendo. Voy a librar a Velda de sus garras. Y de ese lugar donde pretenden enloquecerla...

Y colgó bruscamente, con la satisfacción de poder dejar llena de temores y de inquietudes a aquella dama, que estaba dispuesta a ceder a un chantaje, con tal de recuperar lo que su sobrina ocultara en una consigna pública.

Ahora estaba seguro de algo, cuando menos. Velda no había mentido. Las pruebas existían. El complot, también.

En ese momento, llamaron a la puerta.

Fue un timbrazo breve y seco. Se puso en pie de un salto. Miró, preocupado, a la entrada de su apartamento. Tras un momento de tenso silencio, se repitió el timbrazo. Roy Casper recordó que tenía una navaja, trofeo de su enfrentamiento con Hoaggy Murphy, el negro del Bowery.

La tomó, hundiéndola en el bolsillo. Sin dejar de sujetarla con su diestra, utilizó la zurda para abrir, justo cuando su visita iba a pulsar el timbre otra vez.

—Hola —le saludó una suave voz de mujer—, ¿Puedo pasar, señor Casper?

Roy contempló, sorprendido, a aquella mujer de cabellos castaños, ojos pardos, atractiva figura y rostro sugestivo y malicioso, elegantemente vestida, pero con aire deportivo y juvenil.

— ¿Quién es usted? —preguntó, realmente perplejo.

—Me llamo Addison Vincent. Pero mis amigos y parientes me llaman Addy —dijo la joven con sencillez—. Soy prima de Velda.

Roy Casper dominó su asombro, y se hizo a un lado.

—Entre —invitó.

CAPITULO VI

Apuré con lentitud el *bourbon* sobre el que flotaban los cubos de hielo. Luego, miró a Casper con una expresión risueña. Sus labios carnosos dibujaron una sonrisa. Sus palabras fueron tranquilas, llenas de serenidad:

—Se estará preguntando cómo he llegado hasta aquí, cómo le he encontrado, y cómo supe que Velda estuvo con usted en este apartamento...

—Me pregunto muchas cosas —admitió él, ceñudo—. Esas son algunas de ellas.

—Las responderé con una sola frase, muy simple: Velda me lo dijo.

—¿Qué? —pestañeó Roy, asombrado—. ¿Ella? No es posible...

—Le es. Telefoneó desde aquí, esta tarde. Dijo que usted había ido por unas *pizzas* y vino, para comer. Parecía feliz. Decía que, al fin, alguien creía en ella. También confiaba en mí, y me rogó que viniese, para hablar con usted y confirmarle su historia.

—Ya entiendo. Ella cometió el error de confiar en su primita. Y usted la denunció a los médicos, para que vinieran a recogerla. O avisó a sus tíos.

—Está en un error —suspiró ella, meneando negativamente su cabeza—. Me ha faltado siempre valor para combatir las insidias de mis tíos. Pero nunca estuve contra Velda, ni participé en el complot.

—Entonces, ¿cómo se explica que, telefoneándola a usted, inmediatamente fuese localizada y capturada?

—De un modo muy sencillo: cometió un error, al telefonarme. Luego, lo comprendí. Mi tío Lou o tía Marsha debieron interceptar

la llamada. Aunque vivo aparte de ellos, sé que son capaces de haber montado una intervención en mi teléfono, desde que Velda desapareció del sanatorio. Ellos son así. Y la realidad lo confirma.

—Puede ser una excusa. Y haber sido usted quien la delató.

—Claro que podría ser así. Pero ¿por qué habría venido, entonces, a verle, apenas supe que Velda había sido reintegrada a ese centro psiquiátrico, señor Casper?

—Tal vez porque sabe que yo tengo la llave. Y las pruebas.

— ¿Llave? ¿Pruebas? —enarcó las cejas ella, con aire de perplejidad—. Oh, entiendo. ¿Cree de veras en eso? Velda confiaba mucho en semejante cosa, pero yo no lo creo.

—O es muy ingenua, señorita Vincent o demasiado lista. No va a sonsacarme nada. He puesto la llave a buen recaudo. No la encontrará nadie, fácilmente. La cambié por una mía, que es la que ha hallado la policía en su bolso, de modo que ahora soy yo quien tiene las pruebas contra sus tíos. Y estoy dispuesto a utilizarlas.

—Es una locura luchar contra los Vincent —ella miró en torno, inquisitiva—. Por lo que veo, usted no vive muy holgadamente. Y ellos tienen mucho dinero. Mucho. Y el dinero da influencias, recursos... Le aplastarán sin vacilar, créame.

—Quizá no sea tan fácil como supone. Yo también tengo ahora dinero. ¿No ha oído hablar nunca de la cuenta bancaria secreta de Velda Vincent?

—Sí —entornó sus pardos y bonitos ojos, mirándole pensativa. Se mordió el labio inferior—. ¿De verdad tiene acceso a ella?

—Lo tengo. La tarjeta, el talonario, el número y clave de la cuenta... Todo.

—Le felicito. En ese caso, es dueño de medio millón de dólares en efectivo.

Tragó saliva Casper, intentando mostrarse inexpresivo ante su visitante. Pero el volumen de la cifra mencionada, le hizo sentir nuevamente mareos. El dolor de su occipital dañado, se agudizó de nuevo.

—Sé que es una fuerte suma, pero nada más —cortó, seco, dominando su impresión—. Puedo hacer frente, llegado el caso, a los medios de sus tíos.

—No lo crea. Ellos poseen millones. Todos los de tío Elmer. Al

morir mis padres, son los únicos herederos directos, una vez anulada Velda. Yo sólo recibo una parte muy pequeña de la herencia. Tío Lou es el hermano del difunto Elmer Vincent, y como tal tiene derecho a casi todo. Pero es su mujer, Marsha, quien manipula todo este tinglado. Mi tía es una víbora. Todo frialdad, cálculo y mala fe, se lo aseguro. De no ser por ella, tío Lou no hubiese enviado a Velda a un sanatorio psiquiátrico.

—Pero las cosas ahora no se reducen a eso: hay un crimen por medio.

—Yo sé: Jason Mitchell. De eso, difícilmente va a librarla usted, ¿no cree?

—Lo conseguiré, en cuanto demuestre que ella no mató a Mitchell, que todo fue parte de otra sucia emboscada, por parte de alguien, para deshacerse definitivamente de ella

—Se nota que escribe novelas de misterio —rió Addy—. Velda también me contó eso. Tiene usted mucha imaginación, señor Casper. No creo que mis tíos llegaran a tanto. Un crimen es algo demasiado grave.

—Encerrar a una persona, totalmente sana, en una especie de manicomio de lujo, también lo es —replicó vivamente Casper.

—Quizá. Pero es distinto. No hay derramamiento de sangre. Ni se castiga con la pena capital.

—Quien comete el primer crimen, puede cometer el segundo, si se ve forzado a ello. Lo peor es empezar a rodar por una pendiente. No se para hasta llegar a lo más hondo.

—¿Cómo podían saber mis tíos que Velda estaba en casa de Mitchell?

—No sé. Tal vez él mismo les informó telefónicamente. Sabía que ella era una presunta ninfómana, evadida de un centro psiquiátrico. Pudo llamar a tío Lou y decirle que Velda estaba en casa... Es una posibilidad, ¿no?

—Tal vez. Pero un tipo como Mitchell se hubiera aprovechado primero de esa circunstancia.

—Era un maníaco del sexo. No hubiese desaprovechado una ocasión así, aun sabiendo el riesgo que corría. Además, es posible que ultrajase a Velda. Le hallaron... totalmente desnudo. También su prima estaba desnuda cuando se recuperó de un raro desvanecimiento. Mitchell debió drogarse para estar más seguro, y

en la impunidad.

—El muy cerdo... Creo que bien muerto está —señaló despectivamente Addy Vincent. Luego, miró fijamente a Roy, y añadió, burlona—: Pero no saque conclusiones precipitadas. Conocía bien a Mitchell y su esposa Elaine. Ella es toda una dama. El era un puerco repugnante. Pero no fui yo quien le mató, ni quien está perjudicando a Velda, ni quien se la llevó de aquí. En realidad, intentaré ayudarle en lo que intente en favor de mi prima. Estoy asqueada de todo.

—Muy bien. Entonces, habiente del sanatorio Arcadia.

— ¿El centro psiquiátrico del doctor Ambler? —ella hizo un gesto ambiguo—. No me fío de ellos. Ni de él ni de su ayudante, el administrador del establecimiento, el doctor Cosby. Hablé con ambos, cuando ingresaron a Velda.

— ¿Cree que forman parte del plan de sus tíos para deshacerse de su prima?

—No me sorprendería nada —admitió ella, con un suspiro.

Roy Casper no dijo nada, de momento. Pero su mano estaba hurgando en el bolsillo donde aún tenía la llave de Velda, el acceso a un determinado compartimento privado, en alguna consigna de la ciudad para guardar paquetes y envoltorios. Pero ¿en cuál de todos los cientos de ellos, dispersos por la gran urbe?

Medio millón de dólares. Era la fortuna secreta de Velda. Roy la tenía virtualmente en su poder, ahora. Pero ignoraba dónde encontrarla. Sin embargo, no pensaba en esa enorme suma de dinero, sino en las supuestas evidencias contra los Vincent.

También tocó algo más, perdido en el fondo de su bolsillo. Un papel crujiente como el celofán. Lo extrajo. Un pequeño sobre verde claro, con dos pequeñas cápsulas dentro, diminutas y blancas.

—Un momento... — murmuró, estrujando el sobriecillo, pensativo— ¿De veras quiere ayudarme, señorita Vincent?

—Sí. Pero llámeme Addy, por favor. Si vamos a ser amigos en esto, será mejor que nos tratemos como tales, señor Casper.

—Roy —rectificó él suavemente—. Escuche, Addy— Llevara una de estas capsulas a un laboratorio de confianza. Hágala analizar, y dígame luego lo que contiene. Yo, entretanto, tengo algo que hacer en la ciudad ¿Cree que hoy, domingo, le será posible ese análisis?

—Todo está cerrado. Pero hay farmacias abiertas. Conozco alguna de ellas. ^{Pediré} que analicen esta tableta. ¿De qué se trata, realmente?

—Ya lo sabrá. Yo voy a buscar por mi parte. ¿Dónde nos reunimos, más tarde?

Dentro de cuatro horas. No creo que puedan tardar menos, suponiendo que me hagan el favor. En Times Square, junto a la boca del Metro de la esquina de la 42 Oeste.

—Perfecto —aceptó Casper, moviendo la cabeza afirmativo. Consultó su reloj—, A las siete y cuarto de la tarde, en ese lugar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —se incorporó ella, tomando la tableta que Roy envolvía en un trozo de papel de celofán. Hasta las siete y cuarto. ¿Confía en mí?

—No —suspiró Roy con tremenda sinceridad— Pero debo correr el nesgo alguna vez, ¿no?

Adorable franqueza —rio ella, sarcástica—. Pero no me ofende, Roy. Creo que es lógico que piense así. Si dice otra cosa, hubiera sabido que mentía.

Agitó una mano, en saludo de despedida. Pero antes de salir, Roy le dirigió una singular petición:

—Lo siento, Addy. No he ido al Banco a buscar dinero. Es domingo, y sólo tengo un dólar y unos centavos. ¿Puede prestarme algunos dólares? Mañana se los reintegrare sin falta.

Eso tiene gracia. Sabe que con esa tarjeta de cuenta especial puede sacar dinero cuando quiera, de cualquier Banco a través del sistema automático. Solo tiene que marcar la cifra clave, y depositar la tarjeta en la ranura. Pero si prefiere esperar, allá usted. Tome. Puede devolvérmelo cuando mejor le vaya, socio.

Y riendo tiró sobre la mesa un rollo de billetes, que extrajera de su bolso. Cerró tras sí. Roy Casper tomo los billetes, pensando que eran de uno o de dos dólares cada uno. Pegó un respingo.

El rollo era de billetes de cien. Había más de mil, en aquel préstamo. Addy Vincent era muy generosa, en sus favores. Al menos, en los puramente económicos, censó Roy Casper, disponiéndose a buscar una aguja en un pajar, durante aquellas cuatro horas de margen entre este momento y su encuentro con Addy Vincent, en Times Square.

Esa aguja era una caja de alquiler en una consigna pública.
El pajar, la ciudad de Nueva York.

CAPITULO VII

Había tenido suerte. Mucha suerte.

Solamente dos horas, y ya tenía consigo el abultado sobre lacrado, con el nombre de Velda Vincent en su exterior, junto a una indicación escueta:

«Para entregar a la policía, si algo me sucede.»

La eliminación de posibles lugares había sido un buen sistema. Velda no utilizaría consignas de las estaciones de ferrocarril urbano ni las terminales de autobuses. Los Vincent podían hallar fácilmente el envoltorio, en ese caso.

De modo que Casper recurrió a sitios menos frecuentes y conocidos. Y dio con el que buscaba gracias a un taxista que había alquilado a veces un apartado en el lugar que utilizaban aquella clase de llaves y de números.

Era una estación del Independent System of Subway Lines, en la Segunda Avenida, junto a Houston Street. Una agencia urbana de alquiler de cajas particulares tenía allí uno de sus servicios. El taxista tuvo razón. La empresa concesionaria era la Acme Box Company. Y en el apartado 312 de aquel lugar, halló la cerradura adecuada. Y el abultado sobre en su interior.

Le había sobrado tiempo, por tanto, para hacer esta visita.

Frente a él, estaban dos personas a quienes veía por primera vez: el doctor Gary Ambler, director del centro médico Arcadia. Y Lou Vincent, el afable, risueño y astuto caballero de pelo gris y facciones correctas. El tío de Velda.

Los tres se hallaban en el amplio jardín, situado ante el edificio central del sanatorio. Alrededor, las residencias y zonas ajardinadas de Queens, formaban un paraje apacible y tranquilo, en el que se respiraba paz y sosiego. Demasiado perfecto para ser real, se dijo Casper, sin quitar sus ojos de aquellos dos hombres.

Un cuarto personaje, el teniente Harry Newcomb, de la policía neoyorquina, paseaba con varios agentes suyos, en torno al edificio, guardando toda posible salida para la mujer internada allí. La ninfómana acusada de asesinato. Velda Vincent, en suma.

—Bien, señor Casper —había dicho el doctor Ambler, un momento antes—. Estoy dispuesto a facilitarle los datos que desee, siendo, como me ha dicho, amigo de la señorita Vincent. Pero este asunto escapa ya a mi jurisdicción para entrar en la de la policía. Yo sólo soy el médico de Velda Vincent. Si se la halla clínicamente irresponsable, será tratada como una enferma mental. Si no sufre demencia alguna, se la juzgará como una homicida, simple y llanamente.

—Entiendo todo eso, doctor —miró de soslayo Casper hacia el aparentemente amable y cordial Lou Vincent—. ¿Qué opina usted al respecto, señor Vincent?

—No puedo opinar nada —suspiró el tío de Velda—. Como el doctor dice, esto ya no está en nuestras manos. La pobre Velda depende de la ley, señor Casper... Por otro lado, usted dice que es amigo suyo. Nunca me hablo de usted, que yo recuerde.

—Lo imaginaba —sonrió Roy fríamente—. La nuestra era una amistad bastante secreta. Ella no quería que se conociese nuestra relación.

El tío de la muchacha no pareció satisfecho con esa respuesta, pero aun así siguió sonriendo, con aire risueño, como si fuese incapaz de enfadarse jamás con nadie. Roy se preguntaba si era posible que un individuo con aquella amable faz pudiera estar haciendo lo que hacía, con su propia sobrina. De nuevo el temor de que todo fuese una invención de la mente de Velda, pese a lo que parecía confirmar Addison con sus palabras, pasó por su cerebro. Desechó rápidamente la idea, por simple fe en la muchacha cazada en aquella trampa mortal, y a la que había prometido ayudar, con todas sus fuerzas.

—Sea como sea, señor Casper, lo cierto es que mi pobre sobrina

está en un auténtico dilema Las acusaciones que sobre ella pesan, su estado mental, esa triste obsesión por los hombres y todo lo demás... A veces, me pregunto cómo es posible que, durante un tiempo, fuese la muchacha normal, alegre y feliz que todos conocimos...

Mostraba un pesar que tenía tal aire de sincero como para hacer dudar al más pintado. Casper no supo si admirarle más por buen actor o por cínico. Las palabras del doctor Ambler desviaron de nuevo su atención hacia el director del sanatorio Arcadia, con su expresión severa, sus gafas de montura de oro, su cuidado bigote gris y sus canosos cabellos ondulados, sobre unos ojos inteligentes y fríos.

—Personalmente, señor Casper, le diré que el caso de la señorita Vincent no es, por desgracia, demasiado insólito. Aquí mismo, en nuestro establecimiento, tenemos un total de quince mujeres, todas ellas neuróticas, que han seguido el camino de la ninfomanía para destruirse totalmente a sí mismas. Deben permanecer encerradas, lejos de todo contacto con personas del sexo opuesto, y contemplar sus éxtasis y sus crisis resulta francamente penoso, incluso para personas habituadas a ello, como yo.

—No creí que pudiera haber tantos casos de ninfomanía —comentó Roy, pensativo.

—Pues los hay. Se dan en todos los ámbitos sociales. Y cuando llegan a un cierto grado, se hacen sumamente peligrosos. Ese es el caso concreto de Velda Vincent, por desgracia. Ya conoce lo que sucedió con el señor Mitchell, un amigo de la familia. No sólo fue a su apartamento y, sin duda alguna, hubo entre ellos una feroz escena, sino que terminó trágicamente, con el asesinato del propio señor Mitchell.

— ¿Son potencialmente asesinas las ninfómanas? —indagó Casper.

—Pueden serlo, llegado el caso. Se convierten en ñeras. Cualquier rechazo, por parte del hombre, llega a provocar su reacción violenta. Y en vez de intentar poseerlo, le atacan. Una ninfómana mató aquí a un enfermero, una vez. Ahora está internada, por vida, en un centro psiquiátrico del estado, y es una piltrafa humana, señor Casper. Otra, estuvo a punto de atacar, con un objeto de metal punzante, que ella misma se había hecho, a

escondidas, a uno de nuestros médicos. También pasó a disposición de la ley, y ya no se halla aquí.

—Parece tener usted muchos casos de ninfomanía, doctor —observó Casper, de pronto.

El doctor Ambler le miró a través de los vidrios de sus gafas, con una expresión peculiar, aunque no dijo nada. Roy pensó si el brillo súbito que captó en el fondo de las pupilas del psiquiatra no era como una especie de sobresalto mal disimulado. Pero un momento después, aquellos ojos se mostraron de nuevo fríos y calmosos.

—Desgraciadamente, señor Casper, todos los centros psiquiátricos del país tienen abundancia de casos así. No es una exclusiva nuestra, ni mucho menos, se lo aseguro.

—En resumen, doctor: ¿hay alguna esperanza de curación para Velda Vincent?

—Mucho me temo que no —cortó el médico—. Es lo que le estaba diciendo al señor Vincent. Deben estar preparados para hacerse a la idea de que han perdido definitivamente a su sobrina como persona normal, sana y en libertad. Este asunto es muy grave, ahora. Su enfermedad, el trauma del asesinato Todo influirá negativamente en ella. Además, está la policía. Ni siquiera sabemos lo que resultará de su revisión, por los psiquiatras legales. Pero será mejor que la condenen a reclusión que a una pena en prisión por vida, o... a algo peor.

—Sí, imagino que sí —suspiró Casper, tendiendo su mano al médico—. De todos modos, Velda Vincent queda fuera de este mundo, ¿no es cierto, señor Vincent? Lástima que sea una mujer rica. Su fortuna no va a servirle de mucho, ahora, ¿no es cierto?

—Lo intentaremos, pero no es fácil conseguir nada contra una dolencia mental y contra un asesinato comprobado —dijo, con su afable cordialidad habitual, el tío de Velda, despidiéndose también del doctor Ambler—. Si se va, le acompaño, señor Casper. Hasta otro día, doctor. Estaré en contacto con usted, mientras dura todo esto.

—Así lo espero, señor Vincent —sonrió con afectación el médico, despidiéndose de su cliente—. Buenas tardes, caballeros...

Se encaminaron, Vincent y Casper, a la salida del sanatorio. Una voz les detuvo entonces:

—Un momento, por favor.

Se detuvieron ambos, girando la cabeza. El teniente Newcomb, de Homicidios, se aproximaba a ellos, con paso rápido. Se detuvo delante de los dos hombres. Era un tipo fornido, no muy alto, de rostro vulgar y ojos perspicaces. Vestía descuidadamente un terno gris oscuro y corbata azul.

—Señor Casper, ¿es cierto que es usted amigo de Velda Vincent?
—interrogó, clavando sus ojos en Roy.

—Así es, teniente.

— ¿De cuándo?

—Oh, de hace algún tiempo. Poco antes de ser internada, teniente...

— ¿La había visto después? Me refiero a cuando se evadió de aquí.

—No —dijo inocentemente Roy—, ¿Por qué pregunta eso, teniente?

—Porque fue encontrada por un coche patrulla, en el Village, cerca de la calle Once, inconsciente en una cabina telefónica. Y esa calle es donde usted vive, lo he comprobado.

—Tal vez venía a visitarme —suspiró, moviendo la cabeza—. Pobre Velda... Debía sentirse tan sola, tan acorralada. ..

El policía le contempló, con escasa convicción. De repente, se volvió a Lou Vincent, y le hizo una breve pregunta:

— ¿Usted también conocía ya de antes a este caballero, señor Vincent?

No, la verdad —confeso el tío de Velda—. Pero

siendo un buen amigo de mi sobrina, lo es nuestro, no lo dude, teniente,

—No lo dudo —estudió, pensativo, a Casper—. ¿Como hizo amistad con ella?

—Por favor, teniente —rogó Casper, con voz significativa—. ¿Olvida su dolencia?

—Oh, entiendo... —pero esta vez, tampoco el teniente Newcomb parecía demasiado convencido por las explicaciones de Casper—. Bien, de todos modos, iré a verle cuando pueda. Me gustaría charlar ampliamente con usted.

—Estaré siempre a su disposición, teniente —afirmó Roy con suavidad, alejándose de él, en compañía de Vincent.

Salieron de los jardines de la residencia sanitaria. Vincent

caminaba sin hablar, hasta que, de repente, se detuvo, frente al aparcamiento de automóviles, y le hizo una pregunta brusca:

— ¿Es cierto que conoció a Velda... en uno de sus trances ninfómanos?

—No me gusta hablar de ese tema, señor Vincent. Aprecio a Velda.

—Yo también. Pero me sorprende que nunca nos hablara de usted. Ella tuvo siempre tan pocos amigos... Imagino que nunca le contaría sus fantasías.

— ¿Fantasías? —Roy le miró, como si no supiera de qué iba—. ¿Qué fantasías?

—Oh, nada —hizo un gesto ambiguo, con aire de tristeza—. Ella, a veces, pensaba que nosotros pretendíamos encerrarla para quedarnos con su dinero. Es lo que acostumbra a ocurrir, en estos casos. El enfermo se cree sano, y sufre manía persecutoria, se cree acosado y engañado por los que más le quieren... Velda lograba ser muy convincente, cuando hablaba de eso con alguien. Su tía Marsha y yo pasábamos por un par de auténticos monstruos, sin conciencia.

—Eso parece difícil de creer, si un hombre como el doctor Ambler afirma que es un caso comprobado de desequilibrio, ¿no cree?

—Bueno, ya sabe que las personas como ella tienen una explicación para todo. Imaginan que el dinero puede comprarlo todo, que los médicos son cómplices...

—He oído historias así, pero nunca supe que se confirmaran, señor Vincent.

—Señor Casper, ¿no ha mentido usted al teniente? ¿Cierto que no vio a Velda después de su evasión de este centro? —insistió Vincent, cuyo gesto amable ya no era tan acentuado.

—Parece muy preocupado por ese punto, señor Vincent —sonrió Casper, frío.

—Es que sospecho que alguien la ayudó a ocultarse, de alguna forma... —musitó el tío sordamente—. Es sólo una intuición, pero ahora que sé que usted es su amigo, pienso que pudo tratar de ayudarla, creer esa fantasía de su mente enferma...

—Señor Vincent, ¿qué le preocupa realmente? —preguntó, de pronto, Roy Casper, con tono seco—, ¿Lo que su sobrina guardó en lugar seguro, para demostrar lo que ella cree cierto?

Esta vez, sus palabras hicieron efecto. Lou Vincent pegó un respingo, y de su risueña cara se borró toda expresión amable. Le contempló con dureza, con agresividad casi.

— ¿De qué está hablando? —silabeó.

Usted lo sabe muy bien: de las pruebas reunidas. No se haga más preguntas al respecto. Las tengo yo Pero en lugar seguro. Muy seguro. ¿Le basta eso? Ahora, puede volver a su casa. Su esposa le dirá que ya hablé con ella. Y esas pruebas no están en venta. Veremos quién gana al final, señor Vincent.

— ¡Casper! —rugió el tío de Velda, muy pálido, trabando de aferrarle por un brazo, para impedir que se alejase—, ¡Espere! Tenemos que hablar. No puede usted ponerse de su lado, creer sus locuras, pensar que nosotros...

—Señor Vincent, no creo nada. Estoy seguro de ello —fue su respuesta contundente, dirigiéndose al coche de segunda mano que había alquilado, gracias al generoso préstamo de Addy Vincent, para andar más rápido por la ciudad.

Dejó atrás a un hombre sombrío, preocupado sin duda muy seriamente, y se alejó con el coche de la zona de aparcamiento del sanatorio Arcadia. Echó una mirada atrás. Allí se quedaba encerrada la pobre Velda. Se preguntó por cuánto tiempo aún, hasta que él pudiera probar realmente algo a las autoridades, y sacarla de aquel infierno.

Ahora debía volver a Manhattan. Tenía una cita para las siete y cuarto, en Times Square. Una cita con una bonita muchacha, llamada Addy Vincent.

CAPITULO VIII

Fue puntual.

A las siete y quince minutos exactamente, cuando ya brillaban las deslumbrantes luces de Times Square, con su carrusel multicolor de grandes anuncios luminosos cambiantes, y el tráfico humano y de vehículos era mayor en la populosa arteria vital que era Broadway, apareció Addy Vincent en la boca del Metro de la confluencia con el lado oeste de la calle 42.

Venía agitada, con las mejillas enrojecidas por las prisas, y un papel agitándolo en su mano enguantada.

Sonreía ampliamente, y, al llegar junto a Roy, tomó el aliento necesario, antes de hablar:

—Le felicito, Roy. Un buen ojo clínico, diría yo.

— ¿De qué se trata? —preguntó Casper, tomando el papel, con el membrete de una importante farmacia y laboratorios de Manhattan—, ¿Algo revelador?

—Mucho, diría yo. No es un medicamento. Es una droga.

— ¿Una droga? ¿Algún estupefaciente?

—Algo peor —suspiró Addy—, Puede ser la prueba que necesitamos para salvar a la pobre Velda. Tal vez el doctor Ambler tenga que responder a algunas preguntas, muy difíciles de contestar.

—Termine de una vez, Addy. Yo sólo leo nombres técnicos aquí, cosas de farmacia que no entiendo.

—El farmacéutico amigo, que me hizo el análisis, comentó que esa droga, ingerida habitualmente, podría producir serias excitaciones sexuales, difíciles de controlar.

— ¿Un afrodisíaco? —sonrió el escritor, arrugando el ceño.

—Mucho peor que eso: un estimulante sexual, muy potente. Afecta a determinados centros nerviosos del cerebro, y produce un apetito desenfrenado de sexo. ¿Lo va entendiendo ahora?

—Sí —asintió Casper, que ya lo había entendido antes—. Ninfomanía.

—Algo parecido. Quien sufriera esos efectos sería, potencial y aparentemente, una perfecta ninfómana, si era una mujer. Y un obseso sexual insaciable, si era un hombre. Algo altamente peligroso para la salud, además. Termina por desequilibrar totalmente a la persona.

—Y Velda llevaba esto en su bolso, lo tomaba de vez en cuando, siguiendo instrucciones del doctor Ambler. Ella no pensaba que, en vez de un sedante que calmara sus nervios, se provocaba con eso sus crisis sexuales, sus accesos de ninfómana aparente. Pobre Velda...

—Supongo que, llevando esto a la policía, la dejarán libre en seguida...

—No vaya tan de prisa, Addy. Deseo tanto como usted verla libre, pero no va a ser tarea tan sencilla, ni mucho menos. Primero, tendremos que probar que este medicamento se lo recetó y dio realmente el doctor Ambler. Luego, que ella no mató a Mitchell, en cualquier circunstancia que estuviese. Y finalmente, que está totalmente sana, y en disposición de salir de aquel infierno pintado de blanco.

—Pero, al menos, hemos dado un paso importante, ¿no? —dijo ella, algo enfriados sus ánimos iniciales.

—Eso sí. Muy importante —guardó el resultado del análisis en un bolsillo—. Gracias por todo, Addy. Ha sido usted muy útil en esto.

—Haré lo que sea por ver a Velda fuera de allí, y libre de toda acusación —aseguró su bella prima—. ¿Y usted? ¿Qué hizo entretanto?

—Varias cosas —sonrió Roy—. Visitar el sanatorio del doctor Ambler, lo último de todo. Antes... busqué las pruebas de Velda contra su familia, lo que demuestra que ella está sana y la internaron para quedarse con su fortuna.

—¿De veras? —pestañeó ella vivamente—, ¿Es que no las tenía ya?

—No. La engañé, porque ignoraba aún si podía fiarme de usted, Addy. Ahora le seré sincero. Solamente tenía una llave de un apartado de consigna particular, alquilado en alguna parte. Lo busqué. Era como la clásica aguja en el pajar, pero resultó. El pajar no fue tan grande, o la aguja no resultó tan pequeña. Lo cierto es que está aquí, conmigo —extrajo de su bolsillo el sobre lacrado, rotos los lacres, y mostró lo que contenía—. Véalo.

Ella miró, curiosa. Había varios folios unidos con una grapa, y una *cassette*. Mostró cierta extrañeza.

— ¿Sólo eso? —se desilusionó—. ¿Será bastante?

—Aún no lo sé. No he tenido tiempo de examinar la *cassette*, y escuchar lo que en ella se grabó. El texto tiene menos importancia. Habla de un complot entre el doctor Ambler y su familia, y aporta detalles que me hacen suponer que ese médico puede tener parte en la conspiración para anular a la heredera, pero eso es todo, por el momento. Cuando oigamos la grabación, posiblemente haya más pruebas de que la historia de Velda es cierta. Ah, también estaba su tarjeta de cuenta especial, con los datos de número y cifras de la clave, así como un talonario firmado en blanco por ella.

—De modo que es dueño de medio millón, Roy —rió suavemente la joven—. ¿No se siente mareado?

—No diga esas cosas. Es dinero de Velda. Cuando salga de allí, se lo entregaré todo, hasta el último dólar.

— ¿Y me devolverá lo mío, sacándolo de sus ingresos de novelista? Oh, no sea tonto. Velda tiene una fortuna, que volverá a ser suya entonces. No puede gastar sus pocos dólares en esto, sin recibir nada a cambio.

—Me avergonzaría tocar un solo dólar de su dinero Addy. Deje que haga las cosas a mi modo.

—Está bien, sir Lancelot —sonrió ella—. Hágalo así, si gusta. ¿Sabe una cosa? Si yo fuese Velda, me casaría con usted, apenas me encontrase libre.

—Gracias por opinar así de mí. Pero solamente somos amigos. Ella pertenece a otro mundo muy diferente...

—Tonterías. Yo pertenezco también a ese mundo, y no me importaría nada ser su esposa, Roy, si usted me lo pidiera. Pero creo que llego tarde —le contempló con ojos profundos y chispeantes, donde se reflejaban las mil luces de Broadway—. Está enamorado

de mi prima.

Roy se sintió molesto. Sacudió la cabeza.

—Dejemos eso ahora —cortó—. Hay temas más importantes de qué hablar. Hoy es domingo, y ya poca cosa podemos hacer. Mañana, lunes, creo que mi editor tendrá que esperarse. Voy a irme a descansar, que falta me hace, y, en cuanto sea de día, iniciaré la tarea.

—No se le olvide llamarme. ¿O quedamos en alguna parte? Quiero ayudarle hasta el final, en todo esto.

—Está bien. Nos veremos, no lo dude —asintió Roy—. Yo la llamaré, si me dice adonde puedo hacerlo. Creo que no vive con sus tíos...

—No, no. Me independicé ya. Vivo mi propia vida, y estoy satisfecha de ello. ¿No le gustaría venir a verme en mi apartamento?

—Claro. ¿Mañana por la mañana?

—¿Por qué no ahora? Esta noche. Puede cenar conmigo allí, y tiene un cuarto para usted solo, donde puede dormir tranquilamente.

Roy Casper la miró. Luego, se echó a reír.

—Es usted terrible —dijo, burlón—. Está bien, vamos allá. Pero recuerde lo que dijo antes: ya ha llegado tarde a mi vida, Addy.

—No lo olvido. Envidio mucho a Velda, por ello. Pero no puedo dejar que se pudra allí para ganarme a mi hombre. No sería jugar limpio. En marcha, Roy. Ah, antes llamaré a la mujer que me hace la limpieza. Es la esposa del conserje del edificio. Que prepare ropa para su cama, y suba algo para cocinar. Soy tremendamente desordenada...

—No me hable de eso —suspiró Casper.

Addy entró en una cabina telefónica inmediata, mientras Roy Casper se aproximaba a un vendedor de periódicos, junto a la boca del *subway* de Times Square, y compraba un diario de la mañana, ya que en domingo no había edición de noche.

Leyó los titulares de la primera plana, sobre la evasión de una peligrosa ninfómana asesina. Era la última edición de mediodía, y traía bastantes detalles, así como una fotografía, no demasiado buena, de Velda Vincent.

No tuvo tiempo de leer más. Addy había vuelto, radiante.

—Todo listo —dijo alegremente—. Vamos, Roy. La señora Albright tendrá todo listo en pocos minutos. Cuando lleguemos, ya habrá terminado sin duda alguna...

Roy la siguió. Ella tenía su coche en un *parking* cercano, y el del joven escritor, aparcado también en otro *parking* inmediato, sería demasiado incómodo para una mujer como aquélla. Aceptó ir con Addy en el vehículo de ésta.

— ¿Vive muy lejos de aquí? —se interesó.

—En Riverside Drive, no lejos de Central Park. Un buen sitio. Tranquilo y sin demasiados ruidos. Este bullicio me aturde.

Realmente, valía la pena ir en su coche. Era un «Cadillac» último modelo, confortable y rápido. Subieron por Manhattan, hasta las cercanías del río. Borearon Central Park, dejándolo finalmente atrás. El lugar se fue haciendo menos ruidoso, menos lleno de luces y guiños de colores, y mucho menos frecuentado. Los edificios de apartamentos lujosos, se sucedían uno tras otro.

—Ya estamos llegando —dijo ella, volviendo en dos ocasiones la cabeza para mirar por la ventanilla posterior—, ¿No nos sigue nadie, Roy?

Casper giró la cabeza. Un coche azul iba tras ellos, pero dos manzanas más adelante se desvió, doblando por una esquina. Sonrió, negando con la cabeza.

— No —dijo—. Ve demasiada televisión, Addy.

—Cuando no tengo otra cosa que hacer, me encanta seguir los telefilmes — rió ella, de buena gana. Contempló la calle despejada —. Fue una simple sospecha, ya veo. Creo que esto no es como en las películas, aunque haya un crimen y un complot criminal contra una mujer inocente, a quien quieren despojar de todo, incluso de la vida y la libertad.

Detuvo finalmente el coche en un aparcamiento, y bajaron del mismo. Ella señaló un edificio, allá al fondo. Había algunas luces en sus ventanas, no muchas.

—Es ahí —dijo—. Vamos.

Cruzaron la calzada. Circulaban muy pocos coches, a aquella hora de un domingo, y menos transeúntes. Las calles aparecían virtualmente desiertas ya. Alcanzaron la acera.

Y, de repente, sucedió.

Roy Casper, pese a sus conocimientos de karate, no pudo

evitarlo. Todo fue demasiado rápido. El individuo había surgido de un portal inmediato, cayendo sobre él y Addy. Oyó gritar a la joven, pero ya cuando era demasiado tarde.

Un objeto contundente se abatió sobre su cabeza. Por segunda vez en pocas horas, el escritor se desplomó en el suelo, sintiendo lacerantes dolores en su cabeza, y una rápida aproximación de la inconsciencia.

Ya en el asfalto, volvió a oír el leve grito de terror de Addy Vincent, y él recibió un rudo puntapié en el rostro, que le derrumbó de bruces, dejándole totalmente inconsciente.

Pero el desvanecimiento no fue muy largo, ya que cuando se recuperó, y las brumas comenzaron a alejarse de su dolido cráneo, vio perderse un coche en la distancia, a toda velocidad, y observó que Addy yacía no lejos de él, tendida en la acera, quejándose lastimosamente.

Dominando su dolor y aturdimiento, logró incorporarse. Tambaleante, fue hasta ella y se inclinó. Por fortuna, Addy solamente había sido golpeada en el rostro, posiblemente con un puñetazo, porque mostraba un enorme hematoma bajo el ojo izquierdo, que posiblemente acabaría por amoratarse al poco tiempo. Se mostraba aterrada, y al caer se le había desgarrado la falda, exhibiendo un bien torneado muslo bajo la misma.

—Roy... —gimió—, Roy..., ¿qué..., qué ha pasado...?

—Me temo que lo que usted había previsto, con más acierto que yo. Ese coche que se alejaba... Era azul. Igual que el que iba antes tras de nosotros. Nos seguían, era cierto.

—Pero... ¿por qué? ¿Por qué nos han atacado?

Casper se temía las causas. Hundió la mano en su bolsillo. Hizo un gesto exasperado.

—Las pruebas, Addy.

— ¿Qué? —le miró ella con horror, ya incorporada, con su ayuda.

—Fui un maldito necio. No debí confiarme tanto. Se las llevaron. Todo. *Cassette*, papeles... Sólo han dejado aquí la tarjeta bancaria y el talonario... Evidentemente, no era ningún ladrón profesional. Sabía que intentar cobrar eso, mañana, podía ser su perdición. Tal vez ni siquiera le interesaba el dinero.

—Las pruebas... —repitió ahora Addy, con doloroso tono—.

Cielos, ¿y qué vamos a hacer ahora?

—No lo sé. Esto cambia mucho las cosas, para serle sincero...

Se apoyó en la pared, sacudiendo la cabeza. Ya empezaba a sentirse mejor. El aire de Riverside Drive era fresco y húmedo. Le despejaba con rapidez. Ella le miró, preocupada.

—¿Se encuentra bien? Vamos a ver a un médico.

—No, no. No hará falta —se tocó la cabeza—, Empieza a endurecerse, o golpes. Esta vez no me hicieron sangre, cuando menos. Debieron utilizar un objeto de goma duro o algo parecido.

—Subamos, Roy. Le prepararé algo, antes de cenar...

—No, Addy, gracias. Ya no tengo apetito. Ni sueño. Creo que tengo cosas mejores que hacer, que cenar o dormir. Voy a hacer una visita de cumplido, Addy.

—¿Una visita? ¿A estas horas? —se sorprendió ella, desorientada.

—Sí. A sus tíos, Lou y Marsha Vincent —asintió Casper, desconcertante—. Por favor, no lo tome a mal. Vendré otro día. Tal vez mañana. Pero ahora no podría estar tranquilo, si no hago lo que pienso.

—¿Y qué va a hacer, ya sin prueba alguna para acusarles? —gimió Addy—. Ese análisis no servirá de gran cosa, salvo para involucrar algo al doctor Ambler...

—Lo que tengo que hacer, ahora, es cosa mía —dijo rudamente Casper, tomando las manos de Addy con firmeza—. Hágame caso. Suba a su casa, y no se preocupe por mí. No volverán a pegarme por sorpresa, eso se lo aseguro. Y si quieren guerra..., van a tenerla.

Sonrió con cierta dureza, besó las manos de la muchacha, y se alejó con rapidez. Un momento después, un taxi le conducía Riverside abajo, de regreso al corazón mismo de Manhattan.

Tenía la dirección de los Vincent, desde que llamó por teléfono a Marsha Vincent, aquella tarde. Se dirigía hacia allá. Pero antes, se detuvo e hizo una simple llamada telefónica, que le aclaró algo que estaba preocupándole en esos momentos.

* * *

—Mi esposo no está ahora en casa. Pero puede entrar, señor Casper. En realidad, estaba deseando hablar con usted. Adelante.

Era Marsha Vincent, la esposa de Lou. Había salido, tras anunciarle la doncella el nombre del visitante. Era una dama alta, arrogante, de rostro frío y sereno, ojos agudos y penetrantes, rostro agraciado y figura esbelta y aristocrática. Vestía sobriamente un modelo oscuro, con adornos de pedrería, muy sencillos.

Roy entró en una sala confortable, de muebles pesados y cómodos y decoración propia de una casa de Nueva Inglaterra. La iluminación era suave y tamizada, desde tres lámparas de rincón, de gran pantalla ocre.

Se sorprendió el visitante, al ver que la dama no estaba sola. Otra mujer, más joven y exultante, de atractivos físicos, aunque también ya pasada largamente la treintena de años, se acomodaba en un sofá de terciopelo color siena, con las piernas cruzadas. Lo que la falda permitía descubrir, revelaba unas pantorrillas largas y bien torneadas, y el inicio de unos muslos, que no le iban a la zaga. El seno de la mujer era suave y bien formado. Tenía cabello color rubio ceniza, sin duda, producto de un excelente tinte. Había distinción en ella, pero también una peculiar sensualidad latente. Aquella mujer despedía un halo erótico involuntario.

—Oh, lamento interrumpirles... —comentó Casper, parándose, los ojos fijos en la segunda dama.

—No se preocupe —murmuró la dueña de la casa, con cierta frialdad—. Ella es de toda confianza. Amiga de la familia. Le presento a la señora Mitchell. Elaine, este caballero es Roy Casper.

Roy se inclinó, besando la mano de la dama. Se sorprendió algo de ver allí a la viuda Mitchell, mientras el cuerpo de su marido estaría en la Morgue, y observó que el vestido de ella era de un gris claro, nada indicador de luto. Su rostro tampoco reflejaba dolor, pero sí cierta amargura.

—Es un placer, señora —dijo—. No podía imaginar que estuviese aquí...

— ¿Dónde puedo estar mejor? —suspiró ella—. No amaba a mi marido en absoluto, señor Casper, si se refiere a eso. Era un canalla, un cerdo y un envilecido. Halló el fin que merecía. No puedo llorar por él. Me siento liberada. Le parecerá monstruoso, pero es así. Ambos éramos católicos, aunque él no creía nada. No podía divorciarme de él, en conciencia. Pero vivíamos muy alejados, el uno del otro. Después de lo sucedido, imaginaré las razones. Era un

libidinoso, un ser execrable.

—Ahora que ya sabe quién es mi acompañante, señor Casper, puede hablar de lo que le trajo a esta casa —le invitó con un gesto a sentarse, y la señora Vincent se acomodó también junto a su amiga—. ¿Viene a ofrecerme lo que mencionó antes por teléfono, tal vez? ¿Cree que me asusta algo, hasta el punto de dejarme sobornar?

—Señora Vincent, yo no soy un chantajista —cortó fríamente Casper—, Sólo soy un amigo leal de Velda.

Le ayudé a eludir a la policía y a unos rufianes, anoche. La tuve en mi casa oculta, hasta que alguien se enteró de ello, y me atacó, llevándola consigo, narcotizándola y dejándola en una cabina telefónica pública para que la encontrase la policía, no lejos de mi casa. Todo porque a ella se le ocurrió telefonar a su prima Addison, y alguien interfirió la llamada.

— ¿Está tratando de acusarnos de algo a mi esposo y a mí? — fue la helada réplica de Marsha Vincent.

—Estoy tratando de saber quién metió en ese sanatorio a Velda y por qué —cortó duramente Casper—. Tengo evidencias concretas de que el medicamento que el doctor Ambler daba a Velda, es, en realidad, un poderoso excitante sexual, que provocó en ella la aparición de esos indicios de ninfomanía que probaban su estado mental. Tengo unas pruebas grabadas, que revelan que hubo un complot entre algunas personas y los médicos del sanatorio Arcadia para convertir a Velda en una enferma incurable, despojándola así de su libertad y de su dinero. ¿Y quiénes resultan beneficiados con ello? Ustedes dos, señora. Los Vincent y usted, en una palabra.

—Eso es ofensivo, señor Casper. Si tiene pruebas, como dice, habrá comprobado que no pueden acusarnos en absoluto a nosotros, a menos que sean simples confesiones de Velda. Ese pobre criatura nos cree unos monstruos, y nos acusa de todo, considerándonos culpables de su mal. Es un hecho muy frecuente, en los psicópatas.

—Pero Velda no era una psicópata, cuando ingresó en el sanatorio Arcadia. ¿En qué se basaron ustedes para internarla allí?

—Las pruebas eran claras. Empezaba a desvariar, a hacer cosas extrañas, a ser agresiva y sufrir manía persecutoria. El doctor Cosby, ayudante del doctor Ambler, era médico de la familia. Había atendido a mi cuñado Elmer, el padre de Velda. El nos recomendó al doctor Ambler para un examen, y la halló enferma mental,

precisada de observación médica. Por eso la internó. No hay complot alguno. Todo esto es una pura locura, ¿no lo entiende? Pero una locura de Velda, no nuestra.

—Además, ahora no se discute su estado mental, señor Casper, sino el crimen que por su causa ha cometido —dijo suavemente Elaine Mitchell, interviniendo.

—Oh, sí. Su esposo. Apareció muerto junto a ella. Velda asegura que no lo hizo. Alguien entró y mató a su marido. Luego, avisó a la policía para que le acusaran a ella de eso.

—De modo que Velda sería inocente..., y de haber un culpable, ¿quién sino yo? —sugirió sarcásticamente la viuda—. ¿No es eso lo que está insinuando, señor Casper?

—No, necesariamente. Usted puede haber odiado mucho a su esposo. Pero no creo que se haya mezclado en ningún complot, contra la salud mental de Velda Vincent. Yo sigo opinando que quien mató a su marido, sólo buscaba hundir más y más a Velda en ese pozo sin salida que es la pretendida locura, su internamiento, no ya en una residencia costosa, sino en un establecimiento psiquiátrico del estado.

—Si no demuestra quién mató a mi marido, y puede probar que Velda es inocente, no le queda duda de que yo seré la sospechosa ideal —insistió la viuda.

—Terminemos con esto, señor Casper —atajó la señora Vincent fríamente—. ¿Qué ha venido a hacer aquí, con exactitud? ¿Hablar de todas esas cosas, exponer teorías y opiniones que no me importan en absoluto?

—Si le importan, y mucho, señora Vincent. Importa que una mujer, hermosa y rica, pueda librarse de un encierro espantoso y de una destrucción total, en manos de unos médicos desaprensivos, que la están drogando despiadadamente, para deshacerse de ella y facilitar que otras personas disfruten de su dinero. Importa que todo eso salga a la luz, que la basura se descubra, que la maldad sea castigada y la justicia prevalezca. Importa todo eso, señora, y yo estoy empeñado en ello. No me importará arriesgar mi propia vida para lograrlo. Y estén seguros de que lo lograré, sea como sea.

—Muy bien, señor Casper. Hágalo, si le place. Pero no haga acusaciones demasiado serias contra personas honorables. A mí tampoco me importaría destruirle, si usted intenta destruirnos a

nosotros. Y medios no nos faltarían para ello.

—De eso estoy seguro, señora Vincent. Pero no es tan fácil destruirme, aunque parezca una persona sin recursos, se lo aseguro. Buenas noches. Ha sido un placer.

—Buenas noches, señor Casper —se despidió, con suave voz, la señora Mitchell—. Me gusta usted, aunque se muestre demasiado agresivo y audaz en sus insinuaciones. Tome, vaya a verme cuando pueda. Es posible que solicite su ayuda para descubrir quién mató a mi marido, si no fue Velda. No me gustaría ser la sospechosa de ese crimen.

Le tendía una tarjeta de visita, que Casper recogió, notando el contacto de la mano de la viuda en la suya, mientras la señora Vincent se mostraba fríamente distante y llena de altivez.

—No soy un detective, señora —le advirtió Roy.

—No importa. Sea quien sea, ya dije que me gusta —sonrió ella, con aquella instintiva voluptuosidad que brotaba de su persona—. Hablaremos usted y yo. Y llegaremos a un acuerdo, estoy segura. Algo me dice que si hay una persona capaz de poner en claro el asunto..., ese alguien es usted. Buenas noches, mi querido amigo.

—Buenas noches, señora Mitchell. Iré a verla, palabra —prometió Roy, saliendo del salón con una simple inclinación cortés, ante la dueña de la casa. La doncella ya le esperaba fuera, y le condujo a la salida, en silencio.

Poco después, Roy conducía su coche usado en dirección a la calle Once. De regreso al Village, a casa. Con muchas ideas en la mente. Y con una convicción íntima y profunda.

Sabía que estaba cerca del final. Cerca de la solución definitiva. Cerca, también, de devolver a Velda su condición de ser humano, de mujer libre.

CAPITULO IX

Se sirvió otro vaso de vino. Lo apuró lentamente, mordiendo, distraído, un trozo de pollo frío con lechuga.

Ahora sí podía permitirse ese lujo. Podía cenar algo decente y beber, por fin, el excelente vino de la *pizzería* vecina. No había como tener dinero.

Apretó la tecla del magnetófono. La *cassette* se detuvo. Ya había oído por dos veces la grabación. Una fría luz de astucia y comprensión asomó a sus ojos. Ahora sabía la verdad.

Velda tuvo razón. Eran pruebas definitivas. Nunca hubiera sido tan tonto como para llevarlas encima. Antes de ir al sanatorio, ya las había ocultado en lugar seguro, poniendo una *cassette* virgen y unos folios falsos en su lugar. El ladrón de Riverside Drive debía de estar ahora maldiciendo su estupidez. No se había llevado nada que valiese un dólar. Las pruebas aún sobresalían, y estaban en su poder.

Se incorporó, cansado. Quitó la *cassette* del magnetófono, y la suplió por otra, con músicaailable. Guardó grabación y papeles en el congelador de su frigorífico, y volvió a sentarse tranquilamente, contemplando la puerta.

No tardó en suceder.

Llamaron. Suavemente, con los nudillos, sin emplear el timbre.

Esperó. Su rostro se puso tenso. La llamada se repitió.

—Ya voy —dijo en voz alta.

Se incorporó lentamente. Fue a abrir. Luego, se quedó mirando al hombre del corredor, parado ante su puerta.

—Entre —invitó—. Sabía que vendría, doctor Ambler.

El médico, director del sanatorio Arcadia, entró con paso lento, sin quitar su mirada de él. Apretaba los labios duramente. Sus ojos centelleaban tras las gafas. La luz del apartamento de Roy, hizo brillar sus canas con hebras de plata.

— ¿Me esperaba? —preguntó sordamente el psiquiatra.

—Claro —sonrió débilmente Roy. Le invitó—: Siéntese.

— ¿Cree que vamos a charlar amistosamente mucho tiempo? —dijo el médico, con tono irónico.

—No mucho, imagino. Pero si prefiere estar cómodo...

—No hará falta. No estoy cansado —se movió por la pequeña pieza, recorriéndola toda. Pareció satisfecho al final, tras examinar hasta el último rincón.

—Muy bien —dijo—. Veo que está solo.

— ¿Esperaba compañía?

—Nunca se sabe. Usted es un tipo listo. Se saca trucos de la manga, como los personajes de sus novelas —rió el médico, entre dientes—. Podía tener escondido a un policía, como testigo de nuestra entrevista. No me hubiera gustado.

—Lo imagino.

— ¿Imaginaba también esto? —preguntó con rapidez el hombre.

Y sacó su mano enguantada del bolsillo. Una pistola pavonada, con cañón provisto de silenciador, apuntó directamente al joven escritor. Este no se inmutó, en apariencia. Incluso sonrió, asintiendo.

—Si —dijo—. Lo imaginaba, doctor. Ha de jugar fuerte, después de comprobar que me robó en vano. Ahora sabe que sigo teniendo la grabación en mi poder.

— ¿Espera que le sirva de algo? Una grabación no se admite como prueba ante los tribunales.

—Pero al teniente Newcomb le bastaría para detenerle y acusarle de una serie de cosas, que luego podría probar de mil maneras. Usted lo sabe. Por eso está aquí. ¿Piensa matarme?

—No, si me entrega la evidencia. No me obligue a hacerlo.

—Está mintiendo, doctor. Me matará, de todos modos. Sabe que tiene que hacerlo. Yo sé demasiado. Puedo llegar a convencer al teniente, y ponerle en apuros a usted. Y a su cómplice, naturalmente.

— ¿Sabe ya quién es?

—Lo supe esta noche, con total seguridad. Sólo podía ser una persona. Los dos Vincent son inocentes. Los tíos de Velda se aprovechan de la situación, pero no fueron ellos los que pactaron con usted el encierro de Velda ni provocaron, con otra droga anterior, sus alteraciones psíquicas previas.

El médico no respondió. Fue a la puerta. La abrió, sin dejar de encañonar a Roy.

—Entra —invitó a alguien que permanecía fuera—. Él lo sabe todo, cariño.

Entró la segunda persona. Roy no se sorprendió. Saludó, risueño:

—Hola, Addy. ¿Cómo van las cosas?

—Roy, lamento esto. Hubiese podido ser de otro modo para ti —dijo Addison Vincent, la bella prima de Velda, entrando en el piso con gesto frío y duro. Cerró tras sí—. Lo has puesto muy difícil...

—De modo que la parejita lo planeó todo a su gusto. Los viejos Vincent se llevan el pico mayor y las sospechas. Y tú, un puñado de cientos de miles, quizá un millón o dos, que te bastan. Velda se pudre en un manicomio, y tú disfrutas de tu dinero con tu idolatrado amante, el doctor Ambler. Perfecto, Addy.

—Roy. no creí que sospecharas. Me gané tu confianza, con ese análisis. Era cierto, te dije la verdad. Esperaba obtener así las pruebas. Y nos engañaste, ¿Por qué sospechar de mí precisamente?

—Porque viniste aquí. Porque Velda cometió el error de llamarte. Confiaba en ti. No había dramáticos factores como interferir líneas telefónicas y todo eso. Sencillamente, tú eras el ángel negro de Velda. Enviaste aquí a tu doctor, y él me tumbó. Luego, llevó a Velda, drogada, a una cabina telefónica. Esta noche cometiste un serio error, Addy.

— ¿Un error?

—Sí. Telefonar a tu mujer de la limpieza. Yo lo hice, después del ataque sufrido. Me dijo que no la habías llamado para nada. Yo lo imaginaba ya. Tu llamada fue a tu cómplice, el doctor Ambler, para informarle de que yo llevaba las pruebas encima, y podía atacarme, fingiendo atacarte también a ti. Te hizo un hermoso cardenal, pero eso fue todo. Una perfecta representación. Sólo que no me engañó. Y os di gato por liebre.

—Ahora tendrás que darnos esas pruebas, o Gary te matará.

—Va a matarme, de todos modos —rió Casper—. De modo que

no os daré nada.

—Lo encontraremos.

—No está aquí.

—Mientes. Has utilizado el magnetófono. Está sonando música en él.

—Muy lista, Addy. Pero nunca encontraréis las pruebas.

—Tampoco la policía. Te pondremos el arma en la mano. Te habrás matado, desesperado por no poder ayudar a tu amada Velda. Todo un drama romántico. Hará vender muchos periódicos.

—Eres despiadada, Addy —suspiró Roy Casper. Se volvió al médico—: ¿De veras va a apretar ese gatillo, doctor?

—No hay otro remedio. Ya sabe demasiado. No podemos correr riesgos Addy y yo —dijo el médico—. No me gusta matar, pero...

Adelantó su brazo. El arma apuntó a Roy. El dio un par de pasos adelante, hasta situarse cerca del arma. Hizo un gesto.

—Espere —dijo—. Le diré lo que quiere saber. Después de todo, ya no vale la pena. Encontrarán las pruebas... en el frigorífico. En el congelador, tras los cubitos de hielo...

—Muy ingenioso —los ojos de Ambler fueron al refrigerador, en tanto Addy se acercaba a él—. Compruébalo, querida...

Era lo que Roy había estado esperando. Era la distancia ideal. Y el leve movimiento de distracción bastó.

Utilizó su técnica de alumno de Artes Marciales. Fue muy sencillo. Incluso demasiado sencillo.

Movió sus brazos adelante, con la rapidez de una centella. Aferró el brazo armado, girándolo violentamente, con lo que todo el cuerpo de Ambler se retorció, y exhaló el médico un alarido de dolor y de alarma. Addy se volvió, con sobresalto, cuando ya el cuerpo del médico volaba por la habitación, para caer estrepitosamente sobre la mesa, que hundió en dos con su peso, arrastrando máquina de escribir, papeles y objetos, en confuso montón. El arma escapó de sus manos, sin llegar a dispararse, y el médico quedó inmóvil, totalmente inconsciente por la rudeza del impacto.

Antes de que Addy pudiera caer sobre él, con sus uñas a punto, Roy giró sobre sus talones y conectó un puntapié seco en las ingles de la joven, alcanzando dura y contundentemente los órganos genitales femeninos, con su formidable Mae-Geri-Jodan.

Se derrumbó de espaldas, con un ronco gemido de dolor, medio desvanecida. Roy tomó la automática del suelo, sintiéndose como uno de los héroes de sus novelas baratas.

Sólo que ésta era la realidad. Y el juego se había terminado.

—No me gusta hacer daño a una mujer, pero, a veces, no hay más remedio — dijo, con tristeza.

Fue al teléfono. Mareó un número. Y refirió a la policía lo sucedido.

* * *

— ¿Cómo podré pagártelo alguna vez?

—Olvídalo. Tenía que hacerlo, Velda. No podía dejar que te pudrieses en ese maldito lugar. Yo te creía, ya te lo dije. ¿No tuviste fe en mí?

—Allí dentro, se perdía toda fe, Roy —se estremeció ella, angustiada—. No creí volver a salir nunca más... Oh, cielos, pensar que no eran mis tíos, sino Addy...

—Bueno, tus tíos no son unos angelitos. Ellos eran felices con la situación, y no hubieran movido un dedo por cambiar las cosas, pero de eso a planear el complot, mediaba un abismo... Ahora ya sabemos que todo fue idea de Addy y del doctor Ambler, su amante. En la conversación telefónica que tú lograste grabar, es cierto que sonaba la voz del doctor Ambler, garantizando que todo iba bien y que tú serías recluida, con suficientes pruebas de tu desequilibrio mental, pero no era tu tía Marsha quien hablaba, como creíste, sino Addy, con la voz algo cambiada, quizá por miedo a ser identificada por alguien. Ambler era quien más miedo tenía a las pruebas en contra suya, no Addy. Pero ella se delató a sí misma, de un modo más torpe de lo que imaginara nunca. Y esa torpeza les costará la libertad. Y quizá la vida, si se demuestra que el doctor Ambler era, como sospecho, un tipo que se enriquecía a costa de deshacer a ricas familias de jóvenes herederas, a las que recluía, provocando su muerte o destrucción en muchos casos, bajo el efecto de las drogas.

—Be modo que no soy ninfómana. Nunca lo fui...

—Nunca, Velda. Eres una mujer normal. Todas tus anormalidades... fueron causadas por ellos, por su maldito complot contra ti. Ambler es un experto en cierta clase de drogas y sus

efectos.

—Ya no tengo que temer la proximidad de un hombre... — musitó ella.

—No —negó Roy—, Ya no..., querida.

Y esta vez, sí. Esta vez, atrajo hacia sí a Velda. Ella se entregó dócilmente en sus brazos. Sus bocas se unieron, sus cuerpos se apretaron mutuamente, buscando el contacto más intenso.

Después, sólo fueron ya hombre y mujer...

* * *

Roy despertó bruscamente.

Era una rara sensación la que le había hecho despertar en plena madrugada, tras la fatiga de los embates amorosos con Velda. Miró a su lado.

Velda ya no estaba en el lecho. No la vio por parte alguna...

Se incorporó, cubriendo con la bata su desnudez. Avanzó hacia la puerta que comunicaba con el pequeño saloncito de su apartamento...

—Velda... —susurró.

Ella estaba allí. Ante él. Desnuda. Totalmente desnuda, hermosa y deseable.

Pero empuñaba un largo, afilado cuchillo, de su pequeña cocina. Le sujetaba con fuerza en su mano, alzándolo hacia Roy Casper, sus ojos dilatados, vidriosos, la boca apretada, espumeante...

— ¡Velda! ¡No! —rugió, luchando con su propio asombro.

Pero ella no parecía oírle. Le atacó. El cuchillo buscó ferozmente la garganta de Roy Casper.

CAPITULO X

De no haberse despertado, hubiera muerto en el lecho. Roy lo sabía ahora. Del mismo modo que murió el gordo y fofo Jason Mitchell, hubiese sido muerto él.

Y por la misma persona: Velda Vincent...

No tuvo otro remedio. Su antebrazo frenó el golpe. El cuchillo siguió entre los crispados dedos de aquella mujer repentinamente convertida en una helada furia homicida.

Casper la martilleó luego brutalmente, con un formidable golpe de karate sobre el mentón. Se desplomó pesadamente. Esta vez, el arma blanca sí escapó de sus manos. Se quedó ella inmóvil, inconsciente sobre la alfombra. Desnuda, hermosa. Pero repentinamente distinta. Como si fuese otra mujer...

Roy se sentó ante ella. En silencio, fríamente. El cuchillo, entre sus manos. Esperó. Sólo hizo eso: esperar...

Tardó bastantes minutos. Al fin, Velda abrió los ojos.

Miró a Roy con sorpresa. Se vio desnuda en el suelo, y se cubrió, pudorosa. Luego, descubrió el destello de la luz sobre el filo de acero punzante. Tembló. Se movieron sus labios. Los ojos ya no eran vidriosos.

—Roy... —jadeó—, ¿Qué significa... eso?

— ¿No lo entiendes, Velda? —preguntó lentamente Casper—. Ha ocurrido. Ha vuelto a ocurrir...

—Ocurrir... ¿qué? —musitó ella.

—Lo de anoche. Lo de la casa de Mitchell. Lo mismo. ¿No lo recuerdas?

—No... Recordar... ¿qué? —de nuevo miró el cuchillo, alzó luego

los ojos hacia Casper. De súbito, un indescriptible terror la invadió. Su cuerpo desnudo empezó a temblar—. Roy, no... No es posible que yo... yo...

—Sí, Velda. Es posible. No lo recuerdas. Pero ocurre.

—¿Pero cuándo... cuándo? ¿Por qué?

—Mientras duermes. Después de sucederte algo junto a un hombre..., ya sea de grado o a viva fuerza, como en el otro caso... Algo en tu subconsciente despierta, siente odio, rencor... hacia el hombre. Y mata...

—¡Nooo!

—Sí, Velda. Hay que afrontar la realidad. *Matas*. No es consciente, no es intencionado. Esas malditas drogas de Ambler... destrozaron tu mente, tu equilibrio... Fue la primera de las drogas, o tal vez la segunda... Te provoca esos lapsus peligrosos, agresivos. Luego..., olvidas.

—Olvido... De modo que yo..., maté a Jason Mitchell...

—Sí, Velda. Esos dos negaban desesperadamente su intervención en el crimen, cuando fueron arrestados por el teniente Newcomb. Tenían razón. Fuiste tú..., pero no eras tú tampoco, sino un mal pensamiento en tu mente... No eres responsable. No te harán nada. Sólo te curarán... Y ésta vez no estarás encerrada para siempre, sino un tiempo, hasta sanar del todo. Médicos buenos, comprensivos y amigos, te ayudarán. Es necesario, Velda...

—Sí, Roy... —sollozó—. Llama, por favor. Llama cuanto antes... Es necesario...

Casper llamó. Fue doloroso. Todo lo era. Pero no podía ser de otro modo.

Al fin, colgó. Se quedó mirando a Velda. La atrajo hacia sí dulcemente. Sonrió, besando sus cabellos.

—Velda, ten fe. Te ayudaré en todo. No eres culpable. Ellos lo sabrán. Te van a ayudar. Cuando el efecto de esas malditas drogas pase..., volverás a ser tú. Y nunca más sucederá nada así. Ten fe..., y lucha. Lucha con todas tus fuerzas.

—Sí, Roy... —lloraba silenciosamente—. Y tú... tú me esperarás...

—Sí, Velda. Te esperaré.

Velda se lo merecía.

Mientras tanto, volvería con la rubia Francis. O iría a ver a la

señora Mitchell, y comprobaría si era tan erótica como parecía...

Pero todo eso serían pasatiempos, un modo de no pensar, de seguir viviendo.

Y algún día..., las horas de terror pasarían para Velda. Y para él. Y estaría esperándola. Era una promesa.

FIN

BRIGITTE «BABY» MONTFORT

la mundialmente famosa agente conocida como la espía «Baby», surgida de la fecunda pluma de

LOU CARRIGAN

el afamado escritor que tantos éxitos lleva cosechados en el transcurso de su carrera literaria es presentada, ahora, por

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

a los numerosos lectores que la honran con su adhesión, a través de su colección:

ARCHIVO SECRETO

APARICION SEMANAL

Reserve su ejemplar. Precio 30 pts.

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

{1} Verídico. Se denomina Village Tour in Albert's Sightseeing Train. Es diario, a la una de la tarde, excepto en días de lluvia.

{2} El tatami es el nombre que recibe el suelo del dojo o gimnasio para Artes Marciales, donde se practican las disciplinas de lucha oriental.